

LA VUELTA



MATÍAS
RAMAZOTTI

Prólogo de
Andrés Burgo



Matías Alejandro Ramazotti (Bell Ville, Córdoba, 1987).

Cuando cumplí seis años, vestido de jugador de fútbol, dije frente a las cámaras: "Cuando hay mucha gente juego de siete, cuando hay poca de dos". Esa explicación —que nunca olvidaré— me había dado mi primer entrenador de fútbol infantil al explicarme porqué debía ser defensor y no delantero como mi ídolo Ramón Ismael Medina Bello. Luego, me convenció de ser arquero. Con el tiempo, razones futbolísticas me situaron fuera de la línea de campo. Escribí esta crónica en honor a aquellos años. *La Vuelta* es mi primer libro.

matiasramazotti@gmail.com

Instagram: @matiasramazzotti

Twitter: @ramazzottimat

LA
VUELTA

MATÍAS
RAMAZOTTI

*“Podemos concebir el tiempo sin acontecimientos,
pero no el acontecimiento sin el tiempo”*

Ricardo Piglia
Los diarios de Emilio Renzi – Años de Formación
(Anagrama, 2015)

*“Hoy las hormigas devoraron el rosal,
y no dejaron ni una planta sin probar”*

Pescado Rabioso
El jardinero (Temprano amaneció)

“El fútbol es como una obra de teatro en la que los actores principales son los jugadores, la pelota y el público; y los técnicos, dirigentes y periodistas son los actores de reparto”

Norberto Iribarren
De Bell Ville al Mundo
(Centro Municipal de Estudios Históricos, 2000)

“No sé lo que es ingresar a un cuarto oscuro”

Mario Alberto Kempes
(febrero de 1997)

PRÓLOGO



Por Andrés Burgo*

Los goles y los libros tienen algo en común: en el grito desatado o en la lectura contemplativa, viajamos, rompemos el tiempo. Esa especie de exorcismo, de tomarnos vacaciones de nosotros mismos, se cruza entre la obra faraónica de Mario Kempes en los campos de juego y esta sencilla pero hermosa pieza literaria-periodística de Matías Ramazotti, anclada en el regreso del hijo pródigo, aunque en este caso “prodigol”. Allí también cabe una enseñanza: después de la aventura, volvemos a casa. Los viajes terminan donde empezaron y el Mundial 78 del ídolo finalizó con su regreso a Bell Ville.

Hay libros endodérmicos, que tenemos debajo de nuestra piel. No es que los recordemos: forman parte de nosotros, los llevamos adónde vamos. En lo personal, siempre guardo dentro mío a Finding George Orwell in Burma (Buscando a George Orwell en Birmania), de Emma Larking, el seudónimo de una periodista estadounidense que viajó por uno de los países más dictatoriales del sudeste asiático en busca del recorrido

* Periodista. Autor de *El Partido* (Tusquets, 2016), *El último Maradona* junto a Alejandro Wall (Aguilar, 2014), *Diego dijo* junto a Marcelo Gantman (Distal, 2005), *Ser de River* (Sudamericana, 2011), *River para Félix* (Planeta, 2019), *La final de nuestras vidas* (Planeta, 2019) y *Nuestro viaje* (Ediciones Carrascosa, 2020). Entre otros medios, escribe en *El País* de España y conduce junto a Ezequiel Fernández Moores y Alejandro Wall el programa radial *Era por abajo* en AM 1110 (también disponible en Spotify).
Twitter: @Andres_Burgo | Instagram: soyburgo | Web: andresburgo.com.ar

que el famoso escritor había trazado por ese país, todavía minimizado a una colonia del imperio. Si con aquel libro de Larking viajé y sigo haciéndolo por Birmania, aunque esté en Argentina, con este de Ramazotti viajé y seguiré haciéndolo por Bell Ville y sus pueblos periféricos. Conocí más a la ciudad (sus personajes, su historia, sus calles) en estas páginas que en mi breve estadía en 2013, cuando fui a ver un partido del River local. El título de esta obra bien podría haber sido “Buscando a Mario Kempes en Bell Ville”.

Es, además, un libro escrito a la altura del personaje: si Kempes era un Matador en el área rival (y sólo tenía 23 años!), Ramazotti acaricia el texto, protege las palabras, eleva las ideas, cuenta el contexto. El fútbol son los ídolos, los goleadores y los campeones del mundo, como Kempes, pero también los ciudadanos de a pie, los amigos, los familiares, los padres y los hermanos, como nos cuenta Matías.

El regreso de Kempes a Bell Ville es solo un estupeficiente disparador para hacer zoom en los compañeros de la vida, muchos de los que ya no están, y también para reconstruir una época en la que lo extraordinario nos sacaba una sonrisa mientras la tragedia diaria sacudía al país. En estas páginas se habla de lo macro y de lo micro: el país, la ciudad, la dictadura, la censura, los medios de comunicación, el fútbol a escala mundial y a escala local, desde la Copa del Mundo hasta la liga de los correntinos.

Hay libros gruesos que no dicen nada y hay crónicas pequeñas en extensión, como ésta, que nos dicen

mucho: va y viene en el tiempo, los lugares y los protagonistas, pero -estoy seguro- se quedará adentro de muchos de sus lectores para siempre.

PRIMERA PARTE



1

Un país. Una ciudad. Miles de personas esperando.
Una autobomba con banderas argentinas.
Un hombre.
Un día.
¿Un día?

La primera imagen que conocí de la vuelta de Mario Alberto Kempes a Bell Ville —su ciudad, mi ciudad— luego del Mundial 78, fue compartida por el usuario de Facebook Lucas Terenzani el 18 de agosto de 2010. No recuerdo cómo ni cuando llegué a ella pero tengo algunas sospechas. Puedo asegurar que ocurrió en esos años, 2010 o 2011, cuando la red social de Marc Zuckerberg estaba en plena expansión. Y también que fue de noche —tarde—, pues en esos años solía quedarme frente a la computadora hasta entrada la madrugada. No mucho más: con Terenzani —bellvillense como *nosotros*, de 46 años— no comparto la amistad virtual ni real.

En esa fotografía en blanco y negro, Kempes saluda arriba de la autobomba de los Bomberos Voluntarios en la noche del lunes 26 de junio de 1978. Cientos de personas rodean al camión. De fondo, los plátanos de la plaza céntrica 25 de Mayo, prolijamente podados, sirven de tribuna para los niños que quieren ver al goleador del Mundial.

En diez años, la imagen fue compartida 36 veces y recibió 47 comentarios. “Bienvenido ‘MATADOR’.

Caravana de recibimiento a Mario Alberto Kempes, luego de ser campeones del mundo (1978)”, escribió Terenzi.

En los comentarios, muchos recordaron esos días, la caravana, los goles a Holanda, los festejos, el frío, la lluvia, los militares. “En [el] 78 no había nada para festejar eh! Hagan memoria. Todo esto pasaba mientras torturaban y mataban a pibes. Yo era chiquito, pero me acuerdo”, comentó un usuario. “Sí, sí, se sabe, pero no vendría al caso, acá estamos disfrutando de esta foto y recordando anécdotas de la llegada del Mario a Bell Ville”, le respondieron.

Kempes, la vuelta de Kempes, esos días de 1978, Kempes en Bell Ville, (sus vueltas), se convirtieron —a lo largo de dos años, con mayor o menor intensidad— en una obsesión, en un rompecabezas con piezas dispersas.

No fue fácil.

Por momentos advertía que lo que tenía escrito era una especie de “no historia”. Líneas y párrafos mencionando una autobomba y por las calles que pasó, casi en el límite de escribir “fuerzas vivas”, ese término cívico-militar que en dictadura reemplaza a las autoridades de la democracia y que todavía es frecuente en esta aldea.

La historia era similar a lo que le había pasado a otros compañeros de Kempes, como los santiagueños Luis Galván —cuando llegó a Fernández, su pueblo (“El día que Fernández se llamó Galván”, tituló *El Gráfico*

co)— y René Housemann —recibido en la ciudad de La Banda. Eran coberturas que morían ahí, en ese contexto. Todos los campeones o “protagonistas” del interior del país tuvieron su autobomba: Del Potro en Tandil, Buenos Aires; Rubén Wolkowyski en Castelli, Chaco; y Jorge Locomotora Castro en Caleta Olivia, Santa Cruz, entre otros.

En diciembre de 2016, cuando la ciudad bonaerense de Azul recibió a Federico Delbonis, el héroe que le dio a la Argentina su primera Copa Davis, el jefe del cuartel de bomberos local, precisó: “Elegimos la autobomba más linda, la más alta”.

La autobomba, ese lugar común cruzando la 9 de julio.

Las coberturas de *La Voz del Interior* (“Fue una noche inolvidable para la ciudad de Bell Ville”) y del semanario local *Nueva Tribuna* (“Apoteósica recepción a Kempes”) —ambas del miércoles 28 de junio de 1978—, fueron las más completas que encontré de la tarde-noche del regreso, el lunes 26 de junio. Las citas se reproducen textuales. Su estilo narrativo es un testimonio de esa época.

***Nueva Tribuna* (28/6/78):** Un acontecimiento sin precedentes ni parangones vivió nuestra ciudad con el arribo de Kempes. Todos están de acuerdo al afirmar que jamás se vivió algo semejante.

***La Voz del Interior* (28/6/78):** Una verdadera muchedumbre que superó todos los cálculos previos acompañó en la noche del lunes el retorno de

Mario Kempes a la ciudad de Bell Ville, lugar que lo vio nacer y dar sus primeros pasos futbolísticos que lo llevarían después a esta gloria del presente.

Entonces, ¿por qué escribir sobre la vuelta de Mario Kempes a Bell Ville si me fui dando cuenta que lo que tenía era una “no historia”?

Notaba en los campeones de 1978 una transición hacia el fútbol de mercado. Sobrevivían aspectos del amateurismo, matices. “Mario Kempes también es el referente de la última generación de jugadores previa a la superprofesionalización del fútbol. Aquellos jugadores que practicaban el deporte por ‘amor al arte’, lejos de imaginarse que la televisión se transformaría, años más tarde, en dueña y señora del juego”, escribió el periodista mendocino Federico Chaine en *El Matador* (Homo Sapiens Ediciones, 1997).

Imaginar al mejor jugador del Mundial, con el botín y balón de oro, viajando por una ruta con sus padres, solos, menos de veinticuatro horas después de ser campeón y de hacer dos goles en la final del Mundial disputado en su país es hoy un absurdo.

También, a medida que avanzaba, advertí que necesitaba reencontrarme con personajes de mi niñez. Rufianes a los que escuché en sobremesas caóticas. Personas que parecían salidas de un cuento de Fontanarrosa.

Volví a la primera patria que es la infancia, en la que el fútbol era una totalidad.

Mi primera noción del mundo fue por los mundiales. Cada país con su bandera, sus idiomas, sus tradiciones. Y las preguntas sin respuestas: ¿por qué la bandera de Holanda no es naranja como su camiseta?

El fútbol precedía a la idea de Nación.

El impacto del Mundial en las generaciones que luego oficiaron de nuestros padres hizo que desde niño tuviera la noción –vaga, imprecisa, rudimentaria– de que en Argentina, en Bell Ville, algo ocurrió durante el invierno de 1978.

Mi papá —fallecido en 2005— me contaba haber visto el mejor partido del Mundial, Alemania-Holanda, 2 a 2, en Córdoba. De niño, esa curiosidad, el hecho único de ver el mundial en tu país, siempre me intrigó. Pienso en Juan, mi amigo, colándose en el Maracanã para ver Argentina-Bosnia en el Mundial de Brasil; o en las fotos que me mandaba mi hermano desde Rusia en 2018. En la Plaza Roja, mezclado con hinchas uruguayos, polacos e iraníes. En museos. En Volgogrado debajo de esa mujer de 87 metros que es la Estatua a la Madre Patria. Impresionante, sí. Pero un Mundial en tu país, es otra cosa. Y eso ocurrió en 1978.

De adolescente, en madrugadas perdidas o en siestas de domingos, recuerdo una escena de la película *La fiesta de todos* (1979, siempre repetida por *Volver*, el canal retro de la televisión argentina) en la que Juan Carlos

Calabré —en el personaje de El Contra—, prefiere dormir antes que sufrir el partido contra Perú. Adopté una postura similar cuando River —el equipo del que soy hincha— juega partidos chivos: los últimos minutos o las definiciones por penales prefiero no verlas. “Todos los goles exigen la participación de la cabeza”, escribió Juan Villoro.

Hace unos años encontré una caja con recuerdos de mi abuelo materno Juan Filippi, fallecido en 1997. Postales, cartas, fotos, acumuladas durante 87 años se apilaban en una caja de zapatos. Unas treinta fotografías en blanco y negro lo retratan joven, futbolista, de camisa y pantalón corto en las décadas del veinte y el treinta, jugando para Santa Cecilia de Chilibroste, el pueblo de 400 habitantes —distante 80 kilómetros de Bell Ville— en el que había nacido; y en Defensores de Juventud de Justiniano Posse, otra localidad vecina.

Pero la imagen que más llamó mi atención lo muestra a él de anteojos al lado de Mario Kempes junto a otro hombre que no reconocía. La foto de 12,5 x 8,5 centímetros tiene impresa la fecha sobre el marco blanco de los costados: *JUL 78*.

Julio de 1978, días después del Mundial.

Susan Sontag en su ensayo *Sobre la fotografía* (Alfaguara, 2006), escribió: “Una fotografía es a la vez una pseudopresencia y un signo de ausencia. Como el fuego del hogar, las fotografías —sobre todo las de personas, de paisajes distantes y ciudades remotas, de un pasado desaparecido— incitan a la ensoñación”.

La foto de mi abuelo fue un disparador para escribir esta historia. Me parece fantástica. Imperfecta, espontánea. El pelo blanco, los anteojos, su ropa sencilla, sobria. La mano derecha sobre el hombro del Matador. 79 años contra 23.

Y finalmente, el regalo que me hizo Eliana, mi compañera no futbolera, de *El Matador, mi autobiografía* (Planeta, 2017), obligó su lectura y aumentó la curiosidad sobre la vuelta.

Allí, a su regreso a Bell Ville luego de la final, Kempe le dedica tres páginas. Pensé: ¡Sólo tres páginas para el acontecimiento popular más grande de nuestra patria chica!

Cuando Ignacio Licari fue a la Hemeroteca de la Universidad Nacional de Córdoba a hurgar en los diarios de junio y julio de 1978, se encontró con historias de esos días.

Algunas graciosas como la de los hinchas escoceses (Escocia jugó dos de sus tres partidos en Córdoba, el plantel concentraba en Alta Gracia). Los fanáticos paraban en la zona del bar Sorocabana. Era un espectáculo verlos en las calles. Tomaban, bailaban, se tiraban en los canteros, firmaban autógrafos. *La Voz del Interior* dio cuenta de los descuidos: “Un escocés extravió 500 dólares”. “El ciudadano escocés Donald Marquis Peterson, que reside transitoriamente en el Hotel Crillón, formuló una exposición en la Unidad Regional Córdoba por el extravío de quinientos dólares americanos.

Agradecerá a quien los haya encontrado se los devuelva al citado hotel, a la Unidad Regional o al Departamento de Relaciones Policiales”.

Muchos escoceses quedaron varados un tiempo sin plata. Soñaban con ganar el mundial.

Otras notas que encontró Ignacio eran menos alegres: “El pueblo argentino que ahora conoce el gobierno”. “El gobierno conoce ahora el alma verdadera del argentino y sabe con qué fervor podrá acompañar la República una gestión que la conduzca al reencuentro con sus grandes valores”, decía una extensa editorial — por momentos crítica— de *La Voz del Interior* del lunes 26 de junio de 1978.

“Como una colaboración al esfuerzo que cada ciudad está haciendo para atender al visitante extranjero”, una campaña publicitaria del Banco Ganadero Argentino anunciaba en las páginas de los medios gráficos de Córdoba:

“Los cordobeses tienen el mejor humor del país”.

“Cordobeses’ *have a great sense of humour*”.

“*Die cordobeser haben einen unerschütterlichen Humor*”.

“Si la Argentina logra ganar la Copa del Mundo seguramente que ese orgullo al que usted tanto teme se multiplicará por cifras inimaginables. ¿Qué pensará o qué hará usted ese día?”, le preguntó José Luis Suárez,

periodista de *Noticias Argentinas*, a Jorge Luis Borges durante el desarrollo del campeonato.

—Pensaré que toda esa gente que hace barullo es feliz. Y entonces yo también seré feliz. Porque usted debe saber que la felicidad para mí —que ya estoy demasiado viejo y ciego— es saber que hay mucha gente feliz.

Borges fue uno de los pocos críticos del torneo: “El Mundial será una calamidad que por suerte pasará”.

A cada uno de los entrevistados —bellvillenses todos— les pregunté si fueron a ver algún partido del Mundial. Así, entre los más extraños, están Irán-Perú, disputado en Córdoba, que Hernán Garelli vio en compañía de un tío; y otro en Rosario entre “dos países raros” al que asistió Enrique Malbrán, amigo de mi papá, con entradas regaladas por el Banco Nación. (Observando el fixture, supongo que puede haber sido Túnez 3-México 1, jugado el viernes 12 de junio por el Grupo 2).

Luis Enrique Moncada (h) estuvo en el Gigante de Arroyito en el partido que clasificó a Argentina a la final: El polémico 6-0 a Perú.

—Realmente no puedo describir lo que fue ese partido. Estaba detrás del arco, donde en el segundo tiempo hicimos cuatro goles. En ese segundo periodo la sucesión de goles impedía razonar algo del juego que veíamos, todo era alegría y abrazos que se confundían, lágrimas que se derramaban —me dijo Moncada en su casa en agosto de 2019, días antes de viajar a Dinamarca para visitar a sus hijos y nietos.

Ese partido frente a Perú también lo observó desde la popular Hugo Kempes, hermano del goleador del Mundial. “A la cancha fui con mi tío a ver los tres partidos que jugaron en Rosario por la segunda fase”, recuerda. Los otros dos partidos en Rosario fueron ante Polonia (2-0) y Brasil (0-0).

Y el partido más extraordinario, sin dudas, fue el que le tocó a Leonardo Casulli y a Raúl Pitta: la final, jugada el domingo 25 de junio de 1978. Ambos conservaron su entrada al partido número 38 del Mundial.

“Estuve presente en la final. Fueron bárbaros los momentos que vivimos, Mario haciendo los goles y el Gallego Pitta mostrando el documento, diciendo que éramos de Bell Ville”, recuerda Roberto Falco, a través de Facebook.

A Raúl Pitta le consulté si era cierta aquella historia:

—Es mentira que me puse a decir que era de Bell Ville. A lo mejor, después lo dije en algún bar y de ahí quedó.

La mayoría conserva su foto de aquellos días. Ellos y Kempes. Ellos y el Mundial.

En las primeras páginas de 78, *Historia oral del Mundial* (Sudamericana, 2018), Matías Bauso afirma que gran parte de lo que creemos saber de Argentina 78 es erróneo: los hechos históricos quedan relegados frente a mitos y falsedades afianzadas a base de repeticiones sin sustento; atravesadas por el contexto político y deportivo.

Durante este tiempo volví a la primera foto que vi de la vuelta, la que compartió Lucas Terenzani en Facebook en 2010, a sus comentarios. Recordé una frase del escritor español Javier Cercas que el periodista Andrés Burgo rescató en su libro *El partido* (Tusquets, 2016): “Anteponemos nuestros recuerdos a lo que realmente sucedió”. Comprendí que para Kempes había sido sólo su vuelta, pero para muchos la vuelta fueron días, semanas, que sobrevivieron años.

Luego de cuarenta años, Claudia Bustos, una de las que comentó la foto de Terenzani, todavía juega con esa idea: “Nací en diciembre de 1976 y en el 78 no llegaba a tener dos años por lo que siempre pensé que lo que vi en esa foto no era más que un sueño, pero es muy vívida para mí la sensación de verlo pasar en el autobomba de los bomberos. Será que como mi papá era bombero siempre mis recuerdos están ligados a las autobombas”, me cuenta por Facebook.

Me contacté con muchos de los que comentaron la foto de Lucas Terenzani, el paso del tiempo y la emoción de sus (desordenados) recuerdos forman una verdad parcial de los agitados días de junio y julio de 1978.

Entre los nuestros faltan los registros escritos, aparecen fotos familiares. Sobran los olvidos (algunos oportunos), los vacíos, los relatos diversos. Todos habitan una zona de grises, un mosaico de recuerdos donde manda la memoria, a veces selectiva, que recorta y pega.

Cronológicamente, la historia de la vuelta ocurrió entre el lunes 26 de junio y la madrugada del 15 de julio de 1978, el día que Mario Alberto Kempes cumplió 24 años; pero en el corazón de muchos todavía sigue sucediendo.

2

En Bell Ville, nuestra patria chica, donde nacimos, Kempes ha sido siempre Marito. Así lo conocen, así lo conocimos. Así lo llamamos todavía. Por años el nombre de Mario Kempes estuvo reservado a su homónimo padre, don Mario Kempes, fallecido en 2012.

Marito se formó bajo la disciplina correctiva del viejo: don Kempes hablaba más con las manos que con la boca. “Los bofetazos le salían con mayor facilidad que las palabras”, recuerda en *El Matador, mi autobiografía*.

“Jamás me alabó”, cuenta en la biografía aparecida en 2017. “A cambio, destacaba algún error o manifestaba alguna sugerencia”. “Lo que pasa es que don Kempes era bravo”, agrega el periodista deportivo local Juan Carlos Licari. Todos lo recuerdan serio, severo. “Él no aconsejaba, no proponía, no sugería: te sacudía el balero con un comentario despectivo, en cierto modo hiriente”.

En los mejores años de Marito, la figura paterna se volvió omnipresente. Luego de la final de 1978 llamó desde Rosario a la cabina que estaba en el vestuario del

Monumental: “Me habría encantado que me dijera ‘que bien jugaste, qué golazos hiciste’. No pudo ser. Al menos, en esa circunstancia no me criticó”, escribió Kempes.

En esta ciudad vivió hasta que en 1972, con dieciséis años, partió hacia Córdoba para jugar en Instituto bajo el nombre de guerra de “Mario Aguilera”.

—¿Usted no conoce a un tal Kempes de Bell Ville? Dicen que es muy bueno.

—No, yo soy Aguilera —mintió obligado para que ningún ojeador al servicio de los grandes Belgrano o Talleres lo robe. Recién cuando fue fichado, el entrenador de la Gloria y los medios se enteraron de su verdadera identidad.

Gustavo Farías, periodista de *La Voz del Interior* y Coordinador del Museo Provincial del Deporte, cuenta que “Aguilera” era Jorge Ismael Aguilera, empleado del Club Instituto. “Ese día [el día de la prueba, un partido amistoso ante Argentino Central] estuve en la cancha porque trabajaba ahí como jefe de los controles de entrada y mi primo (Santiago Cemino) fue el de la idea de cambiarle el nombre. Vaya a saber por qué, se le ocurrió ponerle mi apellido”, recuerda el Aguilera original —de 82 años, vecino de Mina Clavero— en la edición del 29 de septiembre de 2020 de *La Voz del Interior*.

El 26 de julio de 1970, Kempes había debutado en Bell, el equipo más grande de la ciudad, en un partido contra el Talleres local —su primer club— por la Liga Bellvillense de Fútbol. Fue derrota 2 a 1. Usó la camiseta

número cinco, hizo un gol. Hacía once días que había cumplido 15 años.

“Al igual que mi papá, cuando yo era chico jugaba de cinco, un batallador de la mitad de la cancha. Por mi cabeza no pasaba ser un goleador. Me gustaba arrancar desde atrás, recuperar la pelota y sumarme al ataque a toda velocidad”, cuenta en su biografía.

A casi un año de su debut, el 30 de mayo de 1971, Bell se enfrentó a Sarmiento de Leones. Ese día mi papá cumplió 30 años. Por aquellos años, comenzaba a integrar comisiones directivas y subcomisiones de fútbol en el Club. Nunca supe sí estuvo en la cancha aquella tarde, encontré la coincidencia cincuenta años más tarde en los archivos de la Liga Bellvillense.

El pibe Kempes no paró: Bell ganó el campeonato de 1971 y él hizo 46 goles. Ante Matienzo de Monte Buey, contribuyó con seis para la victoria por 12 a 0. Todavía conserva el record de goles en su patria chica.

Recuerdo haber visto a Kempes en tres oportunidades.

La primera en 1997, en la inauguración de la filial local de River Plate que lleva su nombre. Marito, todavía de pelo largo, lucía un jeans, una camisa y un saco a cuadros. Detrás suyo una imagen ampliada de la tapa de *El Gráfico* de 1981, “¡River Campeón!”, mostraba al Matador con sus brazos en alto festejando el gol del título ante Ferro. Yo tenía 10 años; él 43. Dos años antes

se había retirado por última vez, luego de su paso por el Fernández Vial de la segunda división del fútbol chileno.

En otra oportunidad, lo vi corriendo en el Parque Tau en los primeros años de la década del dos mil. En esos años, alternando con su etapa de entrenador, Kempes se radicó en Bell Ville. Mi hermano —nacido en 1975, trece años más grande que yo—, me dice: “En su época de jugador, cuando estaba en Europa, nunca lo vi. Si me acuerdo que una vez, en 1985 por ahí, fuimos a cenar a la casa y me acuerdo que el padre estaba enojado con Maradona. No recuerdo porqué. Después, cuando él estaba viviendo en Bell Ville, estudiaba en Córdoba pero cuando volvía lo cruzaba seguido”.

La última vez que lo vi fue en 2010. Él ya trabajaba para la cadena ESPN y era la voz de EA Sports; yo un muchacho de 23 años —la edad que tenía cuando salió campeón del Mundo. Nos cruzamos en la céntrica calle Córdoba, me presenté:

—Hola Mario, soy el hijo del Tata Ramazotti.

—Hola que tal, ¿cómo te va?— me dijo y me saludo con un beso en la mejilla. Siguió caminando, con rumbo —supongo— a la casa de sus padres.

Mi papá fue conocido de la familia, tuvo con don Kempes una fallida sociedad que se dedicaba a la fabricación y venta de galletitas llamadas “Kemp’s”. Hugo Kempes, el hermano menor, manejaba el camión de repartición. A veces me subía y lo acompañaba. Tendría cinco años. En 1992, en pleno auge societario festejé mi cumpleaños de cuatro años en una quinta

propiedad de los Kempes sobre la ruta 9. El lugar hoy tiene otros dueños.

Guillermo, un amigo, también recuerda la quinta:

—Cada vez que salíamos a la ruta, mi viejo me contaba que esa era la quinta de los Kempes. Me parece que una vez lo vi. Pero, en realidad, no sé si lo vi. Tal vez lo soñé.

Un videocasete de aquel cumpleaños muestra a don Mario, a Eglis —la mamá del Matador— y a mis padres, con guirnaldas colgando, mezclados con los payasos “Churrinches”, en un trencito. En otro casete están Nicolás y Macarena, hijos de Hugo Kempes, en brazos de su madre y abuela.

También tengo una historia como la de mi amigo Guille, soñada o inventada, poco importante, siempre en mi imaginario: El padre de Kempes filmando con una grabadora traída del extranjero desde los palcos del Monumental durante el Mundial.

Fantasías de niño.

Ubicada en el sudeste de la provincia de Córdoba, en el punto intermedio entre las ciudades de Córdoba y Rosario, la ciudad de Bell Ville, cabecera del Departamento Unión, es la octava localidad de la provincia. En la actualidad, su zona de influencia abarca unas cien mil personas a lo largo de 11.182 kilómetros cuadrados. Nombrada Frayle Muerto por su fundador, el militar Lorenzo de Lara, su fecha de fundación oscila entre los años 1650 y 1676.

Según el Censo nacional del año 2010 contaba con 34.439 habitantes.

Un folleto turístico de la década del setenta, dice:

Bell Ville —una ciudad con historia— es desde 1.600 el atalaya de la civilización y la cultura en el centro de la pampa húmeda. La sabia de la conquista circula en su ser con el espíritu inicial; es tradicional y moderna a la vez.

El Río Tercero, que la atraviesa, aporta con su natural belleza, la alegría de sus playas para el deleite de los adoradores del sol. El Parque Tau, amplio pentagrama en el cual se dibujan, de acuerdo a la época todas las satisfacciones de la naturaleza generosa, brinda a sus visitantes todo lo necesario para vivir intensamente unas vacaciones inolvidables.

Otro de la década del ochenta:

Ubicada a 32° 38' de latitud sur y 62° 40' de longitud oeste, la ciudad de Bell Ville en el Departamento Unión de la Provincia de Córdoba, se levanta a 200 kilómetros exactos tanto de Córdoba cuanto de Rosario. Atravesada por las rutas nacional N° 9 y provincial N° 3, ofrece grandes facilidades de comunicación con el resto del país, tanto más si se tiene en cuenta que constituye prácticamente el centro geográfico del país.

Ninguno nombra a Mario Alberto Kempes.

Si dicen:

“Atalaya de la civilización y la cultura”.

“La sabia de la conquista”.

“Tradicional y moderna a la vez”.

Clarín, “Más poetas que Kempes...”, 13/6/1979: Si Córdoba presume de docta, Bell Ville tiene la aspiración de ser una pequeña Atenas, cuna de eruditos, intelectuales y pintores. “Sin embargo en todas partes parecen conocernos solamente como la patria chica del hombre que unió el país con cuatro patadas: Mario Kempes”, fue un quejoso comentario.

Mario Alberto Kempes, *Gente*, “El chico, el hombre, el ídolo”, julio de 1978: Y la otra vida, esa de las diversiones, la vida de los catorce años... Bueno, no fue muy especial. Yo ya jugaba al fútbol y en casa me hacían volver antes de las doce de la noche. Así que el programa se repetía bastante. Ir al cine Coliseo y después meternos en la Sociedad Italiana a comer milanesas con los muchachos. Cuando crecimos un poco nos íbamos los domingos a bailar a Arte Nativo. Yo siempre tomaba Coca-Cola con ginebra. ¿Gin Tonic...? ¿Y que sabía yo lo que era? Yo sabía nada más que lo que Bell Ville me enseñaba.

En “Bell Ville”, relato recopilado en su libro *Los días sentidos* (2019), Ariel Torti se pregunta: “¿Puede

caracterizarse una ciudad? ¿Definirla? ¿Intentar abarcarla para dibujarla con palabras? ¿Qué es Bell Ville? ¿Qué cosas la definen? ¿Qué rasgos pueden trazarse para aproximarnos a su cuerpo social? ¿Qué historias caracterizan su perfil de ciudad? ¿Qué alegrías nos constituyeron?”.

Personalmente me dice:

—Detrás de frases que repetimos como “una ciudad sin estancia pero con patrones” o “una cárcel sin rejas”, hay una estructuración de poder y una subjetividad que nos define como bellvillenses. Una especie de claudicación del empoderamiento.

El Río Tercero, o Ctalamochita, nace en las proximidades del Cerro Champaquí, cruza toda la provincia de Córdoba de oeste a este, hasta confluir (unido al Río Cuarto) en el Paraná. Durante sus dieciséis kilómetros de recorrido, divide a Bell Ville en dos. Amurallado de árboles en su contorno, su caprichoso cauce es marrón en verano y verde esmeralda durante el invierno. Cuatro puentes y cuatro pasarelas conectan ambos márgenes. El río nos define, nos interpela. Frases como “del otro lado del río” y “cruzando el puente”, sirvieron durante años para indicar recorridos y también para separarnos.

En 2014 y 2015 el río desbordó. Las dos inundaciones recordaron a los días de febrero de 1979, cuando muchos despertaron con el agua dentro de sus casas. En marzo de 2015, Ignacio Licari escribió en *Marca Digital*: “Hemos sido participes de una historia conocida para algunos, pero nueva para otros, que lamentablemente

creo nunca encontrará culpables, hemos vivido noches en las que el infierno decidió mojarnos”.

3

La pelota de Marito y la de Messi; la Tango de 1978 y la Telstar de Rusia 2018, tienen ADN bellvillense.

Un orgullo nuestro es ser el lugar del mundo en el que se inventó la primera pelota de fútbol sin tiento, la Superball. En 1931, la troika bellvillense conformada por Antonio Tossolini, Romano Polo y Juan Valbonesi cambió el duro tiento por una válvula y una costura invisible. Ellos son nuestros San Martín, Belgrano y Sarmiento. En 2017 el Congreso Nacional declaró a Bell Ville “Capital Nacional de la Pelota de Fútbol”.

Mi abuelo Juan me contaba historias de la vieja pelota y de sus años de *centroforward* en la década del veinte, hace casi cien años. “La pelota era dura, el tiento te cortaba la frente”, decía.

Otra información de aquellos años también sorprendió al niño que fui: no había alambrado en las canchas y tampoco números en la camisa.

“¿Es cierto que cuando eras chico y pasabas por la casa de la esposa del señor Romano Luis Polo, el inventor de la pelota, le pedías que te inflara la pelota

porque ella ‘era buenita?’”, le preguntaron a Kempes en julio de 1978.

—Sí. Además de eso, era la única que sabía hacerlo. Pero no todo es redondo.

En cárceles y en las barriadas más humildes de la ciudad, familias enteras encuentran su extra cosiendo pelotas.

En *La costura invisible* (2013), el fotógrafo Gabriel Orge retrató a mujeres que, “en el otro extremo de la economía”, a diario hilan los cascos y válvulas de las pelotas. Ellas son el lado B de nuestro invento.

“La producción de pelotas necesita un árbitro”, escribió Ariel Torti en 2019. Fabricar pelotas no estaba entre las funciones que el capitalismo globalizado le asignó a este rincón del mundo: “Por qué cientos de trabajos están en riesgo en Bell Ville, Argentina, la capital mundial de las pelotas de fútbol” tituló en 2017 el portal de *BBC Mundo*. La apertura de importaciones promovida por el gobierno de Mauricio Macri jaqueó al sector. Al Estado argentino le costaba cinco dólares importar una pelota de Pakistán frente a los catorce dólares de los fabricantes locales.

Fernando Fuglini, titular de la empresa Dalemás, declaró: “Fueron los peores cuatro años de nuestra historia. Nunca tuvimos una producción tan baja de pelotas”. La petrolera estatal YPF promocionaba las pelotas pakistaníes y chinas por 180 pesos.

En las elecciones presidenciales de octubre de 2019 Mauricio Macri fue votado por el 60% de los bellvillenses; dos meses antes, el intendente Carlos Briner había

sido reelegido por el 70,63%. El triunfo histórico, por más de 40 puntos sobre el candidato peronista, entusiasmó a Macri. El intendente fue recibido en la Casa Rosada dos días después de ser reelegido.

—Noté un presidente conocedor e interesado por la realidad de Bell Ville —dijo Briner.

Entre 2016 y 2019 el estado argentino adquirió 500.000 pelotas a fabricantes asiáticos.

Aquel niño que jugaba a la pelota en calles de tierra y al que los amigos llamaban Tronco o Panzón, no soñaba con ser ninguno de esos jugadores de Boca o River que escuchaba por radio, su ídolo era Enrique Gandullo, el Mago. “Gandullo fue el mejor jugador de la historia de la Liga Bellvillense, un habilidoso que con su gambeta rompía cualquier sistema táctico”, dice el periodista deportivo Juan Carlos Licari.

“Marito era el ahijado de mi viejo. Tenía pasión por él. De chico entraba a la cancha como mascota de la mano de mi papá. Después, cuando estaba en Valencia, se escribían cartas”, recuerda Enrique Gandullo (h) mientras llena su copa de vino en la barra de La Goleta, el bar del que es dueño desde 1993. “En el 99 o 2000, por ahí, Marito venía todos los días al bar. Le gustaba estar atrás de la barra, siempre venía solo. Mucha gente pensaba que era el dueño”.

—Todo lo que sé de mi viejo es porque me lo han contado. Yo solo lo vi jugar una vez, en un torneo de papi fútbol en el Colegio San José. Ése día lo quebraron. Al día

de hoy, en los pueblos donde jugó hablan de él. Un artista francés que vino a pintar el Monumento a la Bandera de Rosario cuando lo vio jugar pidió pintarlo. Lo hizo con una galera y bastón. La pintura se pudrió en el galpón del fondo de casa. —dice Enrique Gandullo (h).

Junto a don Mario Kempes, Enrique Margarit y Luis Enrique Moncada, Gandullo integró en la década del 1950 el elenco de Los Colombianos.

Denominados así en referencia al éxodo de futbolistas profesionales a Colombia luego de la huelga del año 1948, Los Colombianos eran todos futbolistas de Bell Ville contratados por equipos de otras ligas del interior donde la diferencia de contratos era considerable.

“Quizás sin proponérselo [los jugadores profesionales que emigraron a Colombia] asumieron el rol de embajadores del fútbol argentino y ese fue el fútbol que asimiló Colombia, cuyos rasgos se asemejan a los de nuestro país” dicen los historiadores Evaristo González y José Lloret en el libro *De Bell Ville al Mundo* (Centro Municipal de Estudios Históricos, 2000) y agregan: “Y precisamente, imitando este fenómeno inmigratorio de los jugadores profesionales de la AFA, la mayoría de los jugadores que actuaban en Bell Ville en esa época (...) fueron contratados por otras ligas”.

Con los años, ya exfutbolistas, el grupo de veteranos conformó la peña de igual nombre. Ellos, en julio de 1977, inauguraron el monumento a la pelota de fútbol sin tiento. El lugar elegido entonces fue la terminal de ómnibus Manuel Belgrano (la pelota-monumento en la actualidad se encuentra en la plaza principal 25

de Mayo). El objetivo era proyectar a Bell Ville un año antes del Mundial 78.

—Llegaron a mandarle un par de cartas al capitán Lacoste (Vicepresidente del Ente Autárquico Mundial 78, el E. A. M.) para que incluyan a Bell Ville en el itinerario oficial por ser el lugar donde se creó la pelota de fútbol sin tiento en 1931 pero no les dieron bola —dice Luis Enrique Moncada (h).

Nueva Tribuna, “Homenaje a Mario A. Kempes”

(28/7/78): La cena habitual en el comedor del señor Moncada de los miembros de la peña deportiva “Los Colombianos y sus amigos” (...) tuvo un carácter diferente, pues durante la misma se le rindió un homenaje al futbolista Mario Alberto Kempes.

—Esta foto es del asado en mi casa, acá están los famosos Moncada, Margarit, Kempes y sus hijos: Marito, Luisito Margarit y yo. —indica Luis Enrique Moncada (h). Todavía hoy Moncada llama al restaurant familiar “su casa”. En los inicios el lugar era casa y comedor. Cuando se llenaba adentro, su padre ubicaba a la gente en el patio. En verano, el lugar más cotizado era la terraza con vista al Río Tercero.

Moncada guarda las fotografías del martes 28 de junio, en “su casa” durante la cena de Los Colombianos con Marito. También tiene un poster gigante autografiado: “Para la familia Moncada, Kempes”.

Si bien pude reconstruir la fecha de la cena, gracias al archivo del semanario *Nueva Tribuna*, Moncada recordaba que la recepción “fue muy cerca de la llegada de Mario a Bell Ville, casi te diría la primera”.

—Recuerdo un *Gráfico* pos mundial en cuya tapa está Marito. Los del *Gráfico* estuvieron en el comedor y se llevaron una foto en la que estábamos Marito, Luisito Margarit y yo cuando fuimos mascotas del Bell campeón 1959. Nunca más vi esa foto.

Kempes, Moncada, Margarit y Gandullo —los Colombianos originales— todos pusieron su nombre a sus hijos. Una dinastía futbolera.

—No quiso pensar mucho mi viejo. Ahora, nunca me dijeron “Junior”, todos me conocen y hasta algunos confunden mi nombre con el de Tancredo —dice Moncada.

—Es tarde para que te llamen “Junior” —le digo al hombre de 69 años.

—Por supuesto.



“Estamos en la casa de un familiar de Mario Alberto Kempes celebrando el aniversario, o sea 24 años”, dice una voz en *off* mientras se muestran imágenes del exterior de la casa de Juan González, tío del Matador.

Las imágenes corresponden a un video filmado por el fotógrafo local Adelquis Forgione. La cinta —tomada con una cámara Súper 8— dura dieciocho minutos y es

el único recuerdo filmográfico del regreso de Kempes a su ciudad el día después de coronarse campeón, goleador y mejor jugador del Mundial 78.

Durante más de dos años, la existencia del video se había convertido en un mito, un imposible. Busqué el material por los lugares en los que supuestamente el autor había dejado copias: en ningún lado tuve novedades, no había nada. En la Liga Bellvillense de Fútbol buscaron en cajones y armarios sin muchas expectativas, casi al azar. Hernán Garelli, periodista del semanario *El Sudeste*, aseguraba que lo vio proyectado en la Fiesta de la Pelota de Fútbol de 2006 o 2007. “Tiene que estar”, me alentaba. Lo di por perdido hasta que recibí un inesperado mensaje por Facebook.

“Tengo el video si lo necesitas... Muy lindo recuerdo”, escribió Rubén Sampo, una de las personas que aparece captado durante los festejos callejeros del domingo 25 de junio, luego de la final. “Llevé todos mis VHS a digitalizar y ahí estaba este”, agregó cuando nos vimos.

El encuentro con Sampo no duró más de cinco minutos: la vieja cinta, ahora digitalizada, esperaba en un pendrive.

Algunos aseguran que la sensación térmica o corporal —formulada por el ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial— es un invento nacional; otros que es una exageración porteña. Como sea, la revista *Gente* la eligió como la palabra del año en diciembre de 1978. “Nacida en el Servicio Meteorológico

sirve para explicar por qué con 20 grados de temperatura, uno igual se muere de frío”.

El escritor Fabián Casas, alguna vez recordó: “El frío del Mundial del 78 era como un frío metafísico, nunca volví a sentir tanto frío como en esa época”. “Los primeros días de junio del 78 —cuenta Matías Bauso— estuvieron entre las marcas más bajas históricas hasta ese momento”.

El frío fue otra marca del Mundial 78, un orgullo nacional.

El sábado 15 de julio de 1978, Mario Alberto Kempes cumplió 24 años. Ese día fue mozo, sirvió carne asada y trozos de lechón a familiares y amigos en la casa de sus tíos Zulma Kempes y Juan González. De pie, alrededor de tabloncitos improvisados, los invitados eran atendidos por la figura del Mundial. Aquella noche de julio, con abrigos, camperas, pullovers y gruesos gamulanes, todos resistían, debajo de un tinglado de cinc, al mítico invierno del 78.

—Bueno, aquí estamos festejando el cumpleaños de Mario Kempes. Nos encontramos todos reunidos con los amigos. A la vez que festejamos el cumpleaños, le estamos haciendo la despedida porque pronto parte para España. Lo vamos a extrañar muy mucho. Un beso a Marito Kempes —dice su tía Zulma. El reportero es Héctor José Lerda, amigo de la familia y ex jugador de Bell. Ahora el entrevistado es el padre de Kempes:

—Mario padre, ¿qué opina usted respecto al cumpleaños de su hijo?

—Bueno, que me ha salido un montón de mangos —responde y agrega: —Se lo prometí si salía goleador.

—Muy bien, un aplauso entonces.

Alrededor todos aplauden y ríen. Luego, el abordado es Marito que estaba al lado del padre:

—Amigos de Bell Ville, aquí tenemos a Mario Kempes, mozo esta noche, en su cumpleaños. ¿Qué opina usted?

—La verdad es que es una fiesta bastante linda. Estar entre amigos es lo mejor que hay y con toda la gente que siempre se ha brindado para conmigo.

—Muy bien Marito, espero que sigas sirviendo bien porque hay algunas mesas y señoras que se quejan de vos, eh.

5

“A esto ponelo, eh, no te vayas a olvidar”, me dice Juan Carlos Licari en su casa la mañana del 23 de enero de 2019. Afuera estaba nublado, los truenos anuncian la inminente lluvia. La noche previa cenó con sus colegas periodistas. “Queremos reabrir el círculo de periodistas deportivos”, cuenta mientras despliega unos sobres de papel madera de tamaño A4. Son seis o siete. Contienen recortes de diarios y revistas titulados: “Marito 72”; “Marito 73”; “Marito 74” y así sucesivamente. Toda la campaña de Mario Alberto Kempes está ahí.

“Cuando vino el periodista a hacer el libro —se refiere a *Matador, mi autobiografía*— le ofrecí este material, pero me dijo que no quería saber nada de periodistas”.

Lo que Juan quiere que no falte es la historia de cuando con un grupo de periodistas de Radio Unión y de la región fueron a cubrir la concentración del plantel argentino en Rosario. Recuerda que en total eran unos diez. La selección no hablaba ese día con la prensa, sin embargo cuando Kempes se enteró que estaban se acercó y los saludó. “Están los muchachos de Bell Ville”, le habían avisado.

Licari valora esa anécdota porque en ella —dice— está una de las principales características personales del ídolo: su humildad.

Durante los días de junio y julio de 1978 sintió que dios estaba en todas partes pero atendía en Bell Ville: “Vinieron hasta periodistas alemanes”, recuerda. A sus 81 años, comparte sus días entre el corralón familiar, el periodismo deportivo y el básquet del Club Social y Deportivo San Vicente. Le preocupa el destino de sus revistas deportivas que colecciona desde la década del sesenta. “No las vendo ni loco”, me dice. “¿Por qué no las donás a la biblioteca municipal?”, le propuse mientras los minutos pasaban. Hablamos tres horas. Después la seguimos por teléfono y mails.

Sus correos electrónicos hacen vibrar el celular de madrugada. Lunes o martes al despertar tengo la notificación con los resultados de la Liga Bellvillense de Fútbol, el devenir de Bell en el Torneo Federal de Básquet o algunos títulos como “Nacimiento de los 17 clubes de

Bell Ville”, “El River Plate bellvillense cumple 97 años” o “9 de julio de 1963: Argentinos Juniors 1 – Selección de Bell Ville 0”. En uno de los últimos, envió una página de la revista *Gente* de julio de 1978. El asunto del correo era: “La vida de Marito”. “Dudas terminadas ¿De qué club es Kempes?”, escribió. “Foto a la derecha con la camiseta de Boca”. La hora de recepción fue a las 2:32.

—La llegada fue caótica y espectacular —recuerda Juan Carlos Licari—. Me tocó cubrirla desde el móvil de exteriores de Radio Unión. Lo estábamos esperando en El Parador sobre la ruta 9 para subirlo a la autobomba desde la que iba recorrer la ciudad. Marito venía desde Rosario con los padres y los seguía Radio Rivadavia en vivo. La gente de los pueblos escuchaba la radio y se enteraba que estaban por pasar y salían a saludarlo. Al Parador llegaron cerca de las 19, ¡habían salido al mediodía de Rosario!

—Un año después del mundial, en 1979, Mario y la familia vinieron desde España a pasar las fiestas a Bell Ville. Era diciembre y nos visitó en la empresa familiar un proveedor de Buenos Aires. Él siempre me preguntaba por Kempes, le dije: “Hoy lo vas a conocer. Primero vayamos a comer y después a tomar algo”. El tipo pensaba que lo estaba macaneando, pero cuando estábamos en el bar La Goleta, cerca de la medianoche, cayó Marito en bicicleta. Se bajó y entro a tomar algo como un vecino más. El tipo lo miraba y no lo podía creer: ¡Campeón del mundo, goleador y en bicicleta! —dice Licari.

La aldea de Kafarchouba, al sur del Líbano, en el límite de los Altos del Golán y Palestina es un territorio en disputa entre árabes e israelíes. En la actualidad, el noventa por ciento de su población —unas ocho mil personas— vive fuera del Líbano. A fines del Siglo XIX, el paisano Monstafaka —devenido en Mustafá cuando piso suelo latinoamericano— dejó esa zona de montañas y colinas para ser parte de la colectividad que todavía representan sus nietos. Al país vinieron millones, principalmente de origen sirio y libanés. “Soy argentino, lo nuestro fue una mixtura, mi papá leía el Corán y yo rezo en árabe, pero también tomo vino y como cerdo”, dice Emilio Daniel Mustafá, Pancho —69 años—, médico clínico especializado en deporte y padre del ex defensor de Talleres, Tigre y la selección palestina Daniel Kabir Mustafá. “Mi hijo es un aventurero, yo siempre tuve un poco de temor. Era un tema delicado, la geopolítica, que se sobredimensiona todo lo que se habla de los árabes, a todos los meten en la misma bolsa”, dice del paso de su hijo en 2012 con la camiseta palestina durante la Copa Asia. “Cuando veo el video del recibimiento en el aeropuerto de Palestina me emociono”. Daniel, entonces jugador de Boca Unidos de Corrientes, había dicho: “Voy a jugar porque es mi sangre”.

Pero Pancho —tipo fachero de barba prolija, pelo blanco al límite y prolijo estado físico— afirma de nuevo: “Yo soy argentino”. Se siente uno más de los campeones del 78, el jugador veintitrés del equipo argentino. “Esos muchachos jugaron como leones”. “Tanto para

nosotros como para los jugadores, la ausencia de Cruyff pasó a ser un tema absolutamente menor”, dice en referencia a la baja del holandés. Cita a Fillol, habla de Passarella o Luque como próceres del país futbolero. Son sus bronces. Cuando recuerda la final del Mundial mezcla lenguaje médico y futbolero: “En lo personal, al partido lo viví como una opresión cardiaca, una sensación de angustia impresionante, una emoción que desbordaba todo. Recordá que íbamos ganando, después Naninga lo empató y la pelota en el palo de Rensenbrink en el minuto noventa. Fue algo excesivamente emocionante”.

El último partido del Mundial 78 fue dramático, de pierna fuerte y camisetas ensangrentadas. “La final con Holanda fue una batalla. Un partido sangriento”, recordó Omar Larrosa a *El Gráfico* en agosto de 2017. La batalla de Buenos Aires. “Yo la miro cada tanto y me asusto de las patadas que nos pegamos, ¡por favor! A mí me buscaban el codo, me tiraban del brazo”, dijo en una entrevista Leopoldo Jacinto Luque.

“Estaba estudiando en Córdoba y me vine a ver la final acá. Sentía que tenía que venir, que no podía estar en otro lado”, dice Mustafá. Durante sus años en el fútbol amateur local compartió algunos partidos con Marito en la primera división del Club Bell. “Estuve dos o tres años en el Bell hasta que me rompí meniscos y ligamentos cruzados. Pocas veces fui titular pero alcancé a jugar con Mario”. El día que lo visité, estaba en medio de una mudanza. Temía por el traspapelamiento de su archivo personal en el que apila por igual fotos personales y recortes periodísticos.

Kempes e Independiente —el club del que es hincha— se entrecruzan en ese archivo. “Al que me toca esto, le corto las manos”, dice amenazante sin bromear y me muestra una carta con membrete oficial, escudo y el encabezado “Avellaneda, 12 de abril de 1972”.

Se trata de la contestación del club de Avellaneda dirigida al Presidente de Bell Elio Lacreu, quien intentó gestionar una prueba del joven Kempes en Independiente. “Lamentablemente y en razón de haber comenzado los campeonatos oficiales —dice la carta—, no nos será posibles someter a las pruebas de suficiencia al jugador que nos recomienda, Señor Mario Kempes, dado que por esa circunstancia están integradas todas las divisiones y finalizado el periodo de prueba”. “De persistir su deseo de enviarnos ese joven, queda como posibilidad de hacerlo en el próximo mes de Octubre”.

La ofensiva Bochini, Bertoni, Kempes no pudo ser, en octubre de 1972 Kempes ya era jugador de Instituto.

Bell siguió en contacto con el club de Avellaneda que, una década más tarde, se llevaría al mediocampista ofensivo Sergio César Merlini, que jugó en Independiente entre 1982 y 1989.

Mi papá me contaba que con el pase de Merlini el club compró las luces del Estadio. Merlini, el mediocampista Daniel Sampietro y el defensor Antonio Rochi eran apadrinados por él. Con ellos fue a ver el partido entre Holanda y Alemania, empate 2 a 2, en Córdoba.

Merlini —que no tenía entradas— tuvo que escuchar el partido desde el auto, el policía que controlaba el ingreso no había aceptado la coima que le ofrecían.

“Viajamos cinco y teníamos cuatro entradas. Cuando estábamos llegando al molinete le dimos al policía las entradas y unos billetes abajo pero no agarró”, recuerda Daniel Sampietro.

—Encontré algo que te puede interesar —me dice Darío Ibarra desde la puerta de Charly Fotografías.

En tiempos digitales, la casa de fotografía de Darío Ibarra, ubicada sobre calle Córdoba, frente a la plaza 25 de Mayo a metros del edificio municipal, es una de las pocas que sobrevive en Bell Ville. “Se hacen fotos carnet en 15 minutos”, dice un cartel de letras rojas pintado sobre la vidriera. Semanas antes le había preguntado si tenía algún material de la vuelta de Kempes luego del Mundial 78. “Algo puede haber, déjame que busque. Sé que hay fotos de la inundación del 79”, me dijo sin garantías.

En efecto, algo había.

Darío saca los negativos de un sobre que dice “Mundial 78”. Los apoya. Prende la lámpara. Son cinco o seis cintas con una treintena de fotos. Hay gente por todos lados. Entre los tonos amarronados de los negativos al único que reconocemos es a Kempes. Su melena fluctúa a medida que la acercamos y alejamos de la luz blanca.

—¿Se pueden revelar?

—Sí, claro. Hay que mandarlas a Córdoba, yo no tengo más los químicos.

Inéditos, los negativos dormían en el altillo de una casa de fotografía.

Dos meses más tarde, quienes en los negativos eran anónimos, en las fotografías empiezan a tener nombres propios. La mayoría de las fotos son del domingo 25 de junio, luego de la final. Allí aparece un grupo de pibes disfrazados de jugadores de la selección. Forman un equipo de once jugadores, son “la selección fantasma”. Llevan en andas a un Menotti *fake*. La gente llena la calle Córdoba. En otras imágenes, ya de noche, se ven los autos con banderas argentinas dando “la vuelta del perro”, un rito local que consiste en dar vueltas a la manzana sobre las calles céntricas.

—Éste es el Turco Mustafá. Éste es el primo. Y éste me parece que es Sampo. ¡Mirá éste! ¿Cómo le decían?, creo que ahora vive en el sur. Ése es la Pantera. Le decían “la pantera de la noche bellvillense”. —dice Darío Ibarra y me esfuerzo en identificar a cada uno de ellos.

“Sampo” es Rubén Sampo, el personaje que abrió la puerta del video filmado por Adelquis Forgione. Aparece en las fotos de “la selección fantasma” interpretando al delantero Leopoldo Jacinto Luque. Sus bigotes negros —hoy canos y raleados— y un moretón en el ojo caracterizaban al hombre que durante el Mundial había perdido a su hermano en un accidente de tránsito y que jugó ante Brasil, Perú y Holanda con el codo derecho luxado.

“La pantera” es Tatín Aimetta, que interpreta a Osvaldo Ardiles. “La pantera empezó a levantar minas

después de esto”, me dice un entrevistado que también fue integrante del seleccionado fantasma.

Le muestro las fotos a Emilio Daniel Mustafá, uno de los retratados. Se emociona. “Yo tengo fotos mías, pero estas son extraordinarias”. Me muestra su foto. Las contrastamos. No son iguales, corresponden a días distintos. En la primera, él aparece vestido del Beto Alonso y en la otra con una campera celeste improvisa el buzo de arquero de Ubaldo Matildo Fillol.

—Lo que pasa es que unas son del día de la final y las otras son de la vuelta de Mario. Fue así: en el entretiem po del partido, llamamos al Club Argentino y le pedimos un juego de camisetas. Cuando llegamos a los festejos la gente se volvió loca. Entonces, al otro día decidimos vestirnos de nuevo y mostrarle al Mario que acá también estaban sus compañeros de la selección. Mientras esperábamos que llegará subimos al palco que habían armado y saludábamos a la gente. Al Flaco Villarroel le prestaron un sobretodo para hacer de Menotti, fumaba y nos dirigía en medio de la gente.

“¿Alguien se acuerda del festejo sobre la plaza 25 de Mayo del día que salimos campeones del 78?, creo que habían izado una bandera a la noche de argentina y uno se había vestido como Menotti con sobretodo”, escribió el usuario el usuario de Facebook Walter Luján en la fotografía publicada por Lucas Terenzani. “El disfrazado de Menotti, era el Flaco Villarroel, andaba con un sobretodo negro y un pucho colgado de la boca”, le contesto Luis Enrique Moyano.

En los primeros minutos del video de Aldelquis Forgione, durante los festejos posteriores al partido, aparecen algunos de ellos:

Rubén Sampo, interpretando a Leopoldo Jacinto Luque, dice: “Estamos muy cansados y contentos”.

Miguel Césare, interpretando a Mario Alberto Kempes, dice: “La verdad que jugamos muy bien. Jugamos todos para la Argentina”.

Horacio Mustafá, interpretando a Daniel Bertoni, dice: “Me merecía el gol que hice”.

Emilio Daniel Mustafá, interpretando a Norberto Alonso, pero hablando como Kempes, dice: “Ellos juegan muy bien al fútbol, pero creo que pudimos imponer nuestro ritmo y este es el saludo que le brindo al pueblo de Bell Ville, me voy a España pero volveré para permanecer aquí junto a mi...” y la escena se corta para pasar a otra.

Increíble.

Once botellas de agua mezclada con azúcar, numerada del uno al once, acomodadas al lado del banco de suplentes. Eso era para mí Leandro Casulli hasta el día que me mostró sus fotos.

Es junio de 2019. Viernes de mediodía. Se acaba la semana, estamos en otoño pero el viernes es primavera. Leonardo Casulli, me espera en su negocio —una vinería ubicada en la esquina de las calles Entre Ríos y General Paz— para mostrarme sus recuerdos. Antes

hablamos por teléfono: “Si, tengo las fotos y las entradas de la final”.

—Me siento un privilegiado por haber estado en la final del Mundial —me dice Casulli, mendocino, radicado en Bell Ville desde la década del ochenta—. Hacía poco tiempo que me había recibido de profesor de educación física y quería conocer Buenos Aires. Antes del Mundial, conseguí las entradas en una casa de turismo al frente de la plaza de Mendoza y lo invité a mi papá.

Me resulta fácil identificarlo en la imagen que me muestra. El paso del tiempo no cambió la fisonomía de este hombre que todavía conserva su pelo enrulado y la misma sonrisa. Lo conozco desde hace casi veinte años, cuando era preparador físico de Bell a principios de 2001 y yo un hinchita que entraba en la adolescencia. En esos años, sus botellas de medio litro de agua mezclada con azúcar eran toda una novedad para mí.

“Partido 38, tribuna T4, sector D, fila 13, asiento 22”.

“Partido 38, tribuna T4, sector D, fila 13, asiento 20”.

Así dicen las entradas de la final del Mundial entre Argentina y Holanda.

Esas fueron las coordenadas que siguieron Casulli —entonces de 21 años— y su papá, cuando pusieron sus pies en las escalinatas del estadio Monumental la tarde del 25 de junio de 1978.

Los tickets están intactos. “Algunos coleccionistas me han preguntado por la entradas, pero ya decidí que no voy a vender nada”.

Los momentos congelados por su cámara Kodak son fabulosos. Transmiten la ansiedad y la emoción de una final. El tiempo que se diluye, la tarde porteña que cae, los banderines celestes y blancos que vuelan a su alrededor. La única foto en la que él aparece lo muestra joven, abrigado, junto a su padre en las afueras del Monumental.

—El segundo gol fue desbordante. Tuve miedo por mi viejo. En un momento lo perdí y estaba abrazado con otro tipo. Sufrí mucho durante el partido.

Entre 1999 y 2015, Leonardo Casulli fue Director de Deportes de la Municipalidad de Bell Ville, ese lugar del país que entonces solo conocía por Kempes. La primera vez que vio a su ídolo, le dijo:

—Mario, en la final estuve en la cancha. Gracias.

En YouTube existe un video de los tres goles argentinos relatados por José María Muñoz. Esta es la narración del segundo gol: “Pide pelota larga Housemann. A la izquierda para Bertoni. Bertoni enganchó bien hacia adentro, dio para Kempes, se metió en el área, adelantó, ¡peligro de gol!, salió el arquero, va a tirar, entra... gol, gol, gol, gol, gol, gol, gol, gooooooooool, gooooooooooooooolll arrrgentino ¡Keeempes!, goooooooooolll argentino ¡Kempes de guapo!, gooooooooool arrrgentino ¡Kempes! ¡Goleador del Mundial! De guapo se llevó la pelota y Argentina dos, Holanda uno. Catorce minutos, está por terminar el primer periodo suplementario. Se movió el Estadio Monumental, se estremecieron las tribunas y abraza la

gente. Guapeando Mario Kempes, guapeando Argentina está ganando frente a esta agresividad lamentable de algunos jugadores holandeses. Primer tiempo del suplementario: Argentina dos, Holanda uno. ¡Termina el primer tiempo del suplementario!”

“El trámite vuelve a ser parejo. El partido se ofrece —abierto— para cualquiera de los dos. En ningún momento Holanda puede hacer prevalecer su funcionamiento tan temible. Apela cada vez con más frecuencia al golpe artero, a la zancadilla, al empujón. Argentina —definitivamente— perdió el miedo. Va y viene. El espectáculo se carga de emoción. Falta un minuto para que expiren los 15 primeros. Kempes, jugador inmenso con destino heroico, convierte el segundo”, escribió Héctor Vega Onesime en la edición del 27 de julio de 1978 de *El Gráfico*.

Era (fue) el gol más importante de su carrera. Los brazos arriba, las cejas altas, los ojos achinados y el pelo suelto: Kempes corre eufórico gritando gol. Fue, además, el último de sus veinte goles con la camiseta argentina.

En el recuerdo del protagonista: “Passarella lanzó un tiro libre desde nuestra defensa hacia Bertoni. Piqué al vacío desde la posición de 10 clásico y Daniel me la mandó en cortada. A pura polenta superé a Krol, que se me había arrojado a los pies, eludí a Ernie Brandts y disparé cuando Jongbloed ya se me había lanzado encima: el balón rebotó en su pie, luego en mi rodilla derecha, en su cadera, su hombro y, tras la insólita carambola, se elevó y quedó flotando sobre el área chica. ¡A mí me pareció una eternidad, no bajaba más! Dos holandeses,

Jan Poortvliet y Win Suurbier, y yo nos lanzamos con la plancha, a lo guapo. Por suerte, yo llegué primero por una milésima de segundos y, con un taponazo, marqué el dos a uno que le daba la Copa del Mundo a la Argentina por primera vez en su historia”.

Un gol dramático.

Kempes de guapo. Jugador inmenso, con destino heroico.

“La guapeada del segundo gol quedará en la historia del Mundial como una muestra de fútbol, fe, vigor y hombría para consumo de las generaciones venideras”, escribió Julio César Pasquato, Juvenal, en *El Gráfico*.

Ese gol debe ser el más repetido de la selección argentina, luego de los dos de Maradona a Inglaterra en el Mundial de México 86. El ranking podría completarse con el de Claudio Caniggia a Brasil en Italia 90.

Flashes mundialistas.

6

La vida cotidiana del barrio parece haber cambiado poco. Son las 11:30 de un domingo soleado, húmedo, pesado, de febrero. Dos perros descansan bajo la sombra de un siempre verde. En la casa de la esquina la humareda del asador forma una nube gris que va directo a la vereda. Paso caminando por el frente de la casa de los Kempes, Hugo, el hermano menor, habla por celular apoyado en

su Chevy azul modelo 74. No me ve. Continuo hasta la esquina de Pío Angulo y Mendoza donde está la escuela primaria José María Paz, tres carteles de tránsito amarillos, ubicados metros antes del lugar alertan, anuncian, la presencia de niños y docentes. Tomo la calle Mendoza hasta llegar a la casa donde vivieron los tíos de Marito. En ese lugar festejaron el cumpleaños del goleador antes de volver a España en julio de 1978. “Siempre comíamos ahí, es a la vuelta de mi casa sobre calle Mendoza”, me había indicado Hugo Kempes. Llego hasta la casa pero no encuentro a nadie: su tío vive desde hace unos años en Carlos Paz y Zulma Kempes —única hermana de don Mario— murió en 2005.

Retomo el mismo camino en sentido inverso. Algunas casas han recibido mejoras; otras están mejor mantenidas, pero todas parecen estar allí desde hace muchos años. “La Despensa” dice un cartel amarillo con letras rojas ubicado al frente de la casa de los Kempes. Sobre esa misma vereda, en la esquina, está El Rolo, un kiosco que ha ganado fama por ser uno de los últimos en cerrar. Si a los pibes les falta hielo para el fernet, Rolo es el lugar donde encontrarán salvación de madrugada. A metros de distancia —no más de diez— La Despensa y El Rolo comparten rubros pero son dos universos paralelos y, quizás, por eso sobreviven. (Pienso: ¿coexistencia pacífica? o ¿guerra fría?). La casa de los Kempes —tapia de azulejos amarillos, portón de rejas blancas y jardín delantero— tampoco cambió desde aquellos días de fines de junio y comienzos de julio de 1978. Paso por el frente otra vez. Hugo sigue hablando,

ría, ahora camina por el jardín. Nuevamente no me ve. Cruzo la calle, continuo por Pío Angulo, en la esquina se construye un edificio de cinco pisos. El cartel montado sobre las chapas de seguridad anuncia: “Grupo Fuente Desarrollistas ‘Diseño, confort y calidad’”.

Hablo con una vecina:

—Él vivió con la venezolana acá al frente. Habrá sido en el 2000 por ahí —me dice y señala la casa de Pio Angulo al 880 a un par de metros de la casa paterna. La venezolana es Julia Marcano, su actual esposa a la que conoció cuando entrenaba en Venezuela al Mineros.

Desde hace cuatro años soy vecino del barrio en el que todavía viven la mamá y el hermano del Matador. Cuando Marito era un niño, desde cualquier lugar del barrio se veía, omnipresente, el tanque de agua potable de la empresa Obras Sanitarias ubicado en la esquina de San Juan y Córdoba. Unas cuadras más allá, sobre Córdoba, está el Bosque, la cancha del Club Talleres. Atrás de ella: el monte del espinal, la reserva provincial que lleva el nombre de Parque Francisco Tau. Hace sesenta años, más allá de esas cuadras moría la ciudad. Las veredas eran altas y las calles de tierra con grandes zanjas en las esquinas para que el agua busque los desagües que terminaban en el Río Tercero.

Sacando los años europeos, la familia Kempes siempre vivió en el mismo barrio. Primero sobre calle San Juan a la altura del 122 y luego en Pio Angulo al 915. Pío Angulo y San Juan hacen esquina. Ambas casas se encuentran en la misma manzana. Sus patios están separados por una pared medianera. “Nos vamos

los cuatros o yo me quedo aquí”, advirtió Kempes a los dirigentes de Valencia.

La calle Pío Angulo le debe su nombre a José Pío Angulo un cura párroco de principios del Siglo XX. Sus historias proliferan. Tuvo una enemistad pública con Abdón González que terminó en un juicio por calumnias e injurias en el año 1907. “El fraile Angulo no hace más que propagar el oscurantismo, pervertir conciencias y vivir de holgazán a expensas de los demás”, decía Abdón por esos años. Abdón González era anticlerical, periodista y masón.

Actualmente, dos calles con sus nombres se cruzan una cuadra antes de la casa de los Kempes.

7

Cuarenta años atrás, en la casa de la familia Kempes, amigos, periodistas y curiosos se amontonaban en decenas para ver al goleador del Mundial. “Voy a salir a saludar, pero no toquen timbre en la siesta”, les decía Marito a los que se acercaban. “A cada momento sonaba el teléfono y timbre de casa: entrevistas, gente que pasaba a saludar, fotos, autógrafos”, cuenta en su biografía.

—En ese momento, la casa de Kempes tomó tal magnitud que la usábamos de referencia para indicar donde vivíamos —dice Raúl Ganuza, vecino y ex periodista de Radio Unión.

—La casa de Kempes estaba abierta al periodismo. Era un desfile —recuerda Juan Carlos Licari.

Durante su estadía en Bell Ville llegaron las coberturas de los medios nacionales: “El Hotel Bell Ville estaba lleno de periodistas”, cuenta Juan Carlos Licari.

Radio Rivadavia transmitió en vivo la llegada a Bell Ville; y el programa de televisión *Mónica Presenta* —uno de los más populares en ese momento— hizo lo mismo desde el Club River Plate durante la cena de despedida. También llegaron las coberturas de los medios gráficos.

El Gráfico lo puso en la tapa de la edición 3065 del 4 de julio de 1978: “Kempes, el jugador del Mundial”. “Bell Ville está de fiesta. En esa casa de calle Pío Angulo hay un ser que se fue niño y volvió hombre, estrella, con el título de campeón mundial bajo un brazo y el de goleador bajo el otro”.

También fue tapa de *Gente*: “El chico que acusó al padre, Kempes toda su vida”. “El chico que a los 14 años rompía las redes del Club Talleres, creció. Ahora, después del Mundial, lo comparan con Pelé, Cruyff y Beckenbauer”.

Radiolandia 2000, tituló: “Kempes, la vida de un ídolo, de un fenómeno”.

A *Gente* le dijo: “Mi vida es un diccionario inconcluso”.

A *Siete Días*: “Quiero ser dueño de mi vida al menos por unos días”.

La revista *Goles* envió al periodista Osvaldo Ardizzone a la localidad serrana de Villa Giardino, donde Kempes viajó con amigos a pasar unos días. Ante la es-

capada a Giardino, el cronista de *Siete Días* Juan Carlos Porras, entrevistó a la madre de Kempes:

—Me dijo que no aguantaba más tanto ruido y que se iba con unos amigos a las sierras ¿Sabés lo que pasa? No lo dejaron tranquilo ni un minuto y él necesita descansar, pensar en otras cosas que no sea fútbol. Se fue en auto con Miguita y Polaco, dos amigos inseparables. Eso sí, no les puedo decir a qué lugar.

A Ardizzone lo reprendió: “Me escapo de Buenos Aires porque estaba filtrado. Me voy a mi casa de Bell Ville y ni me dejaban dormir. Vengo aquí sin decirle nada a nadie y me siguen persiguiendo. Entonces, ¿uno no es dueño de su vida ni un par de días al menos?”.

Años después, la publicación local *Crónica de Posta y Asfalto* lo llamó el “Señor Fútbol del Mundo”: “Las bravías arremetidas del inolvidable 25 de junio de 1978 lo convirtieron en la estrella del país y del mundo, y sin embargo la timidez seguía siendo su carta de presentación cuanta vez se lo buscaba para vender diarios y revistas al por mayor”.

Las revistas lo muestran como una estrella, un actor de cine; los relatos como un hombre sencillo: “Mirá, yo sé que vos tenés que hacer una nota contando la historia de mi vida. Pero, a mí me cuesta un poco hablar de mí. ¿Por qué no haces una cosa? ¿Por qué no le preguntas a la gente?”, le dijo al cronista Alberto Amato de la revista *Gente*.

Gente, “El chico, el hombre, el ídolo”, julio de 1978:

La correspondencia de un ídolo. Se reparten más cartas en la casa de Kempes que en todo Bell Ville. —Mi papá nos llevó a mi hermano y a mí a saludarlo a la casa. La imagen grabada que tengo es la de un sillón de tres cuerpos repleto de cartas que le habían mandado. Eran cientos de cartas apiladas y desparramadas sobre el sillón —dice Ariel Torti.

Mario Alberto Kempes, *El Matador, mi autobiografía*: Cada uno de los días que estuve en Bell Ville recibí decenas de telegramas y tres o cuatro sacas de correo con cartas con cumplidos y pedidos de autógrafos de Argentina y de todo el mundo. Casi todas llegaron con una estampilla adentro para que no nos costara nada responder. Contesté muchísimas, creo que todas, con la ayuda de mis viejos.

En la edición de *El Gráfico* del 4 de julio de 1978, Enrique Romero, enviado especial de la revista, le presentará al país la familia del Matador.

El Gráfico cubría ese tipo de notas en las que se presentaba la intimidad de los protagonistas. Recuerdo que entre una pila de revistas que un primo me regaló, estaba el número posterior a la final de México donde entrevistaron a Jorge Valdano: “Valdano, el muchacho de Las Parejas”; también conservo otra, posterior a Italia 90, con la tapa: “Vida y obra del Vasco Goycochea:

Ídolo” y en su interior la cobertura de la llegada del arquero a Lima su ciudad natal.

Lima, Las Parejas, Bell Ville, pequeños pueblos que hacen a la historia del fútbol argentino.

El corresponsal Romero, que durante el Mundial cubrió la subselección Mendoza —y que fue el autor de la carta apócrifa que el jugador holandés Ruud Krol le envió a su hija contándole la situación del país (“No te asustes si ves algunas fotos de la concentración con soldaditos de verde al lado nuestro. Esos son nuestros amigos, nos cuidan y nos protegen”)—, presenta la intimidad de la casa a la patria futbolera: “Doña Eglis Teresa Chiodi de Kempes trata de ser amable con todos. De arreglar como se puede ese maremagnum de periodistas, cables, vecinos, chicos, grandes, altos y bajos que se van apareciendo. Mamá Kempes siempre tiene una sonrisa y un mimo para la nena del primo que vino a visitarlos después de tanto tiempo. Un mate para Mario, para papá de Kempes, para Hugo Sergio que ya anda por España desparramando goles, para las vecinas que llegan a la casa en una actitud solemne. Que hablan despacito. Impresionadas, con aprehensión y recogimiento. La palabra es veneración”.

—Los años que vivimos en España —cuenta Hugo Kempes—, la casa estaba cerrada. Venía un tío mío a abrirla y ventilarla. Inclusive, durante el Mundial yo

me vine solo a Bell Ville y mis viejos se quedaron en el departamento que teníamos en Rosario.

Situado entre las calles Iriondo y Pellegrini, el departamento rosarino es el lugar al que Kempes llega en la fría madrugada del lunes 26 de junio luego de la final y antes de partir ese mismo día para Bell Ville. Fue parte de la negociación de don Mario con los dirigentes rosarinos en la venta del jugador de Instituto a Central en 1974.

—Como mi viejo era muy amigo de la familia y yo estudiaba en Santa Fe —dice Luis Enrique Moncada (h)—, estuve en Rosario el día que el padre cierra el contrato con Rosario Central. Estábamos en la cancha viendo un partido en el palco del Gigante de Arroyito. En el entretiempo el viejo se fue a hablar con los dirigentes, cuando volvió me dijo: “Arregle el mismo contrato que Poy y un departamento para venimos a vivir”.

En tiempos en que los representantes y la venta de la imagen de los protagonistas todavía era artesanal, don Mario oficiaba como tal. “Mi hermana —recuerda Moncada— sabía inglés y a pedido del padre tradujo el contrato que Marito firmó con Puma”.

Al viejo le gustaba contar una anécdota con Maradona que pinta la transición de las “pymes familiares” a las “multinacionales” de los jugadores de fútbol. Ocurrió en 1981, cuando Marito volvió al país para jugar en River. *El Gráfico* juntó a las dos familias. La excusa: un asado en la casa de los Maradona. Por un lado, “nuestra familia” Eglis, don Mario y Marito; y por el otro, la que iba a ser “la familia de todos”: los Maradona. Doña

Tota, don Diego y Claudia. (Todavía faltaban las nenas, Dalma y Gianina, el *leitmotiv* maradoniano). La nota salió en la edición 3206 del 17 de marzo del 81 con el título “Pasá Mario; ésta es tu casa...”. A los pocos días el padre del Matador se cruzó a Jorge Cyterszpiler, representante de Maradona:

—Recién vengo de cobrar la nota del *Gráfico* —le dijo Cyterszpiler.

En una imagen de ese día, no publicada en 1981 y subida por *elgrafico.com.ar* en 2019, los dos ídolos conversan en el jardín familiar, a un metro don Kempes escucha la charla. De fondo, Cyterszpiler abraza a un hermano de Diego y ríe.

Don Kempes entendió que había notas que se cobraban.

8

Postal sin fecha enviada a Quito Luna, vecino del barrio:

Querido Amigo:

Espero que al recibo de ésta te encuentres bien. Desde esta lejana tierra te hago llegar mis más sinceros saludos a vos y a toda tu flia. Las cosas van bastante bien ya que vamos punteros y estoy 3º como goleador. Esta es una ciudad muy linda pero

un indio no puede venir ya que haría unos desastres bárbaros. Bueno Quito, sin más que contarte me despido de vos con un fuerte abrazo.-

Saludos a todos y felices fiestas.-

Te sigue escribiendo el Huguito.-

Mario

Quito: Deseo que tus cosas vayan bien al igual que las de tu flia.

Estoy jugando en un cuadro que van 4to, pero en el cuadro falta un tipo como vos, con ese cuerpo y esa fuerza que tenés. Esta cancha es del Valencia, es igual a la de Talleres ¿O no?

Quiero que le hagas llegar un abrazo a (...) y le deseo suerte.

Los viejos están contentos de estar aquí, les gusta mucho esta ciudad al igual que a mí y el Mario.

Bueno Quito sin más que contarte me despido de vos y tu familia con un abrazo y deseándoles que pasen unas felices fiestas.

Hugo

9

Para *nosotros* siempre fue Huguito o Astilla, el hermano de Mario. El otro Kempes.

Hace un tiempo que lo busco. La última vez que lo vi fue en la cola del supermercado chino del barrio. Lle-

vaba una remera Adidas negra con las mangas a bastones rojos y azules y la inscripción “Locos x el Fútbol” en el pecho. Es abril de 2019, esta vez tiene una camisa a cuadros con una pelota de cascos blancos y negros bordada en el bolsillo izquierdo, encima de la pelota —similar a la de los mundiales de México 70 y Alemania 74—, está escrito algo así como “Kempes Fútbol”. Va en dirección al centro de la ciudad, pasaba justo enfrente de mi casa. Caminamos juntos. Faltaba un mes para que nos juntemos a conversar.

—¡Hugo!

—Hola, qué hacés.

—Te quería comentar que... —me interrumpe.

—¿Vas para allá?

—Sí

—Bueno, vamos. Decime...

—Mirá, estoy investigando un poco la vuelta de Mario a Bell Ville después del 78, entrevistando gente, revisando diarios, revistas y me gustaría conversar con vos en algún momento.

—Uh..., yo me acuerdo poco...

—Sí —lo interrumpí para evitar la negativa, el “habla con otro que se acuerda más”—, yo te doy una mano —continué—, seguro que te acordás de cosas como el día de la final, cuando entró en la autobomba, la cena en el Club River, la Liga Correntina, cuando fueron a las sierras, todo eso.

—¡Claro! ¡Te acordás más vos que yo! Te acordás que era un quilombo bárbaro.

—Bueno, en realidad yo nací en el 87.

—Ah, tenés razón. Lo que pasa es que para las fechas soy terrible.

Hugo Sergio Kempes —60 años, nacido en 1959— conserva la mirada pícara del hermano menor, el mimado. Fue un delantero veloz de baja estatura que, cuando Alfredo Di Stéfano dirigía al Valencia, a veces entrenaba con el primer equipo. En España jugó en Benimaclet, un equipo regional de Valencia; acá lo hizo en Estudiantes de Río Cuarto y en el Bell donde compartió dupla con Hugo Tula Curioni, ex goleador de Boca a comienzos de los setenta. Con esos delanteros Bell peleó hasta el final la edición 1985 del Campeonato Provincial de la Asociación Cordobesa de Fútbol que ganó el Belgrano de José Luis Villarreal y Germán Martelotto. De ese equipo de Bell conservo una foto que pertenecía a mi hermano. Atrás, al dorso, dice: “Con cariño para Pablito, Hugo Kempes”. A fines de los noventa acompañó a su hermano en sus experiencias como entrenador en Albania, Venezuela y Bolivia.

—Cuando Mario fue a River, el técnico era Di Stéfano que nos conocía de Valencia. Apenas llegó le dijo a mi viejo: “¿Cómo anda el pibe? ¿Por qué no le decís que venga?” Y él le contestó que estaba en Bell Ville, que no iba a querer. Y tenía razón, no me interesaba ir a River yo solo quería ser el mejor de acá, de la zona.

Con la camiseta de Estudiantes de Río Cuarto alcanzó a debutar en primera división. Disputó un solo partido ante Talleres de Córdoba por la primera fecha

del Nacional 1983. Fue derrota 5 a 1. “No me gustaba, era demasiado profesional todo”. El partido se jugó en el estadio que hoy lleva el nombre de su hermano, el mundialista Estadio Córdoba.

Hugo parece un museo itinerante de ropa deportiva.

Luego de la primera “charla-caminata”, nos encontramos un lunes de mayo de 2019 en mi casa. Esta vez tenía un camperón negro y amarillo, marca Topper, de los tiempos que dirigía con su hermano al equipo boliviano The Strongest.

—¿Qué recordás de la final?

—Mirá, yo no viví ciertas cosas, tenía otra mentalidad, estaba en otra. Recuerdo que el partido contra Holanda lo vi en la casa de Carlitos Vera, ¿lo conocés? Vive acá a dos cuadras. Lo miramos con una barra de amigos. Estaba con la madre, la hermana. Lo viví como si fuera un partido más. Sufro más ahora cuando veo la repetición, el tiro en el palo de Rensenbrink, todo eso.

—¿Te acordás de algo más?

—Después salimos a festejar con los muchachos. Fue una locura, increíble. Tenía diecinueve años, sólo quería salir de joda.

—¿Y del día que volvió?

—La gente festejando fue algo muy emocionante, muy grande. Era un mundo de gente, cuadras y cuadras. A Mario lo vi tarde. Desde que volvimos de España que no lo veía. A mis viejos tampoco. Ellos se quedaron en Rosario y yo me vine a Bell Ville.

—¿Qué más recordás?

—No mucho más. Me acuerdo que la familia Fugini nos regaló una pelota enorme que tuvimos que devolver porque no teníamos donde ponerla, por una puerta común no pasaba había que pecharla. No tengo muchos recuerdos grabados.

Insisto. Nada. “Tenía diecinueve años, sólo quería salir de joda”.

Contará que durante el Mundial, viajó a Rosario a ver los partidos de la segunda ronda contra Polonia, Brasil y Perú. “Iba a la popular con mi tío. No me conocía nadie”. Que en Valencia también elegía la popular: “Era un espectáculo verlos en el entretiempo con la tortilla y la bota de vino”. Le comenté que en YouTube había un vídeo del día que fueron al programa de Mirtha Legrand cuando, antes de volver a España, invitaron a la familia al programa de los almuerzos. “Ah, mirá. Sí, me acuerdo”. Que Marito, siempre tímido, miraba el suelo; y él, en cambio, aprovechaba sus minutos de fama y bromeaba frente a las cámaras. Dirá: “Mirtha te hace sentir bien, te trabaja psicológicamente, te sentís como si estuvieras en tu casa. A la derecha de ella tenés un televisor y relojeas, cuando no te están enfocando aprovechás para comer”.

Pocos recuerdos. “Tenía diecinueve años, sólo quería salir de joda”.

SEGUNDA PARTE



A

—¿Qué día fue la vuelta?—fue una de las primeras preguntas que le hice a Juan Carlos Licari cuando me recibió en su casa en enero de 2019.

—Fue ahí nomás, al otro día.

Al otro día: lunes 26 de junio de 1978.

—¿Tanto tiempo nos quedamos? Estoy confundido —se interroga Hugo Kempes.

En julio de 1978, una semana después del regreso de Kempes a Bell Ville, el periodista deportivo Oscar Carra-rio escribió en el semanario *Nueva Tribuna*:

(...) Marito está con nosotros, cumplió, vaya si cumplió. El pueblo también cumplió con él, nos dio una tremenda alegría y así se lo hicimos saber saliendo a recibirlo con todo el cariño que se merece.

Marito jugó un largo campeonato en España, largo y duro, al terminar, sin descansar vino a nuestro país para integrarse al seleccionado argentino y por 45 días, estuvo a su servicio, para culminar el día 25 de junio con el resultado que todos sabemos. ¿No le parece a usted señor, que me está leyendo que merece un descanso? ¿Y que ese merecido descanso es el mejor premio que le puede dar la gente dejándolo que viva intensamente estos pocos días de

vacaciones que le quedan, sin compromisos de ninguna clase?

“Marito está con nosotros”.

2

Las horas que siguieron al domingo 25 de junio de 1978 fueron frenéticas en todo el país. Los festejos fueron los más populosos de la historia argentina, con millones de personas en las calles. “Algunos medios calcularon que más de la mitad de la población participó de los festejos callejeros, algo así como 14 millones de personas”, cuenta Matías Bauso en 78, *Historia Oral del Mundial*.

La Voz del Interior, en un recuadro que acompaña a la crónica publicada el miércoles 28 de junio, dice que en Bell Ville la fiesta duró hasta el amanecer. “La alegría comenzó a exteriorizarse minutos antes de que terminara el encuentro del domingo con Holanda y es así como tras el gol de Bertoni los bellvillenses no aguardaron el final del cotejo y salieron a las calles a cantarle a Argentina y a Kempes”.

—En esos años estaba estudiando en Córdoba, pero a la final me vine a verla a Bell Ville, yo sentía que tenía que estar acá —me dice Emilio Daniel Mustafá.

El video de Adelquis Forgione rescata algunos cánticos de los festejos durante la tarde del domingo:

“Y llora, y llora, y llora Brasil llora”.

“El que no salta es holandés”.

“Se siente, se siente, Holanda está caliente”.

“Marito corazón, Marito corazón”.

“Y dale, y dale, y dale Mario dale”.

Y el clásico:

“Vamos, vamos, Argentina, vamos, vamos a ganar”.

María Inés Coronel, vecina de Bell Ville: En esa época mi hija tenía dos años, era un bebé, y casi todo Bell Ville fue a esperarlo al Parador en auto. Él venía en la autobomba de los bomberos y todos los autos por detrás. Ya venían desde varias ciudades anteriores con gente que los iba siguiendo. Cada uno había decorado su auto con fotos de Marito, de la selección, con banderas argentinas, y bueno, en el momento que Mario llega a la calle Córdoba, donde están las confiterías de nuestra ciudad, tuvimos que parar porque no llegaba la cola de autos. Me parece que esa noche termino ahí. Yo no me acuerdo si fue esa misma noche, pero también vino Mónica Mihanovich al Club River y bueno, en ese camión que lo llevaba iba Osvaldo Etrat, que era muy jovencito, transmitiendo todo lo que sucedía y ahí estaba Mónica esperándolo y fue algo magnífico.

Silvina Blanco, reside en San Nicolás, provincia de Buenos Aires: Tengo un vago pero lindo recuerdo de ese día que Marito llega a Bell Ville en el camión de los bomberos. Mi abuela y yo estábamos al frente de la plaza. Fue muy emocionante, hasta el día de hoy acá en San Nicolás donde vivo, lo cuento siempre.

Pichi Rosatti, 64 años, reside en la provincia de Tierra del Fuego: Tengo hermosos recuerdos de ese lunes 26 de junio. Fuimos a esperarlo a Mario al Parador y llegó con una custodia en su Fiat 133 que le habían regalado a cada jugador de la selección argentina. Terrible la cantidad de gente. Arrancamos desde El Parador, Mario en una autobomba saludando a todos los que lo seguíamos. Fuimos por la ruta 9 hasta la primera entrada, o sea el bulevar Hilario Ascasubi, fuimos hasta la calle del Colegio Industrial hasta el bulevar Colón. Cantidad de gente cantando y saltando, llegamos al Puente Sarmiento, bajamos hacia la derecha, tomamos Belgrano, y esto me quedó grabado, en la esquina del correo había una persona con un ternero y todos cantaban “Y llora Holanda llora” y el ternero bailaba “Jaakakkde”, ahí agarramos Pío Angulo y llegamos hasta su casa y Mario se despidió y agradeció.

Oscar Arturo Agresti: Yo soy de La Rioja, en ese momento me encontraba como interno en la residencia juvenil de la ciudad de Bell Ville, estaba estudiando en la escuela Industrial, justo ese año

coincide que se realiza la Copa del Mundo en la Argentina. Nosotros éramos fanáticos, fanáticos. Éramos súper fanáticos del fútbol, bien futboleros los negros. Cuando sale campeón Argentina, al tiempo, hace su visita a la ciudad de Bell Ville Mario Alberto Kempes. Realmente, verlo en ese momento, para nosotros fue como ver a Maradona porque había salido campeón Argentina, había sido el goleador, era de Bell Ville, o sea que se juntaron un montón de ítems para hacerlo realmente un ídolo a Mario Alberto. Fue una alegría en ese momento verlo y poder compartir con miles de bellvillenses esa emoción que nos trajo. Me acuerdo que entró a la ciudad en un camión de los bomberos y lo seguimos corriendo por el bulevar Colón, todos los changos corriendo atrás, fue una alegría realmente muy grande.

Oscar Schab, reside en Firmat, provincia de Santa Fe: Lo que yo viví en el 78 con el Mundial fue único: ese domingo con el partido y al otro día con la llegada de Mario a su hogar, Bell Ville. Era una noche lluviosa, un autobomba lo esperaba. Llegó en auto, lo subieron y allí estaba otro famoso de la ciudad pero de la radiodifusión, Julio César Orselli. En caravana por la ciudad llegaron a su casa donde sus vecinos le habían puesto sobre el frente un cartel que decía “Gracias Mario”. Yo vivía en Pasaje Tossolini 1090 al costado de la cancha de Talleres y estuve frente a su casa.

Guillermo Ferrari: Con la final me sucedió algo muy particular, fui a Buenos Aires porque había un campeonato de básquet en ese mismo momento. Viajamos con unos basquetbolistas, y de paso vimos si podíamos entrar a la cancha. Obviamente, en el caso mío, no fui ni al básquet ni al fútbol. Al partido lo vi por televisión en un departamento. El partido de la selección fue a media tarde, cuando terminó, Buenos Aires era una caldera y decidimos venirnos a Bell Ville. En la ruta, desde Buenos Aires hasta acá, toda la gente viviendo. Era una fiesta. El Mario Kempes viene al otro día, lo tengo muy presente porque ese día murió una tía mía. En un momento, me habla mi hermana desde Córdoba, que tenía unas amigas que querían venir a ver a Kempes. “Mirá, van a ir para allá, ¿las podés atender?”. “Sí, que vengan”. Cuando caen, eran dos diosas de aquellas. Les hice un poco de guía cultural, fueron a la casa del Mario Kempes a golpearle la puerta. No sé si llegaron a verlo, imagínate estaba totalmente asediado.

Federico Chaine, *El Matador*: Mario viajó al día siguiente de la final a Rosario para estar con sus padres.

Mario Alberto Kempes, *El Matador, mi autobiografía*: El protocolo determinaba que debíamos participar de un acto oficial: la cena de gala organizada por la FIFA y la Asociación del Fútbol Argentino en

el Plaza Hotel para agasajar a campeones y subcampeones.

Cumplida la ceremonia, me levanté junto al Negro Gallego y el loco Killer y, tras una despedida cargada de abrazos y besos, salimos del hotel con la idea de pasar por el predio de José C. Paz a buscar el automóvil de mi ex compañero de Central y salir lo más rápido posible hacia Rosario, donde queríamos reencontrarnos con nuestras familias.

La Voz del Interior (28/6/78): La presencia del “matador” como se lo llama cariñosamente fue anunciada con menos de 10 horas de anticipación pero ello no fue óbice para que todos se preparen rápidamente para recibir a este auténtico triunfador, hijo dilecto de la progresista ciudad del sudeste cordobés.

Mario Alberto Kempes, *El Matador, mi autobiografía*: Antes de partir desde el departamento, me despidieron muchos hinchas y algunos periodistas que se habían acercado. Enseguida, al salir a la ruta, noté que, a medida de que pasábamos por los pueblos, había gente con banderas argentinas a la vera del camino. No sabía qué pasaba.

—Mirá cuánta gente festejando en la ruta, viejo.

Mi papá no me dijo nada. Al segundo o tercer pueblo, volví a comentar:

—¿Cuánta gente, no?

—¿Vos sos boludo? —repreguntó mi padre.

—¿Por?

—¿Cómo “por”? ¿No ves que te están saludando a vos?

Federico Chaine, *El Matador*: Venían escuchando Radio Rivadavia donde el locutor anunció la recepción y la expectativa con que Bell Ville esperaba al “Matador”. Al enterarse quiso volver a Rosario porque los festejos lo inhibían, no le gustaba ser el centro de atención. Su padre, enojado, le dijo que se bajara del coche y se tomara un micro de regreso, que él y su madre seguían viaje.

***La Voz del Interior* (28/6/78):** Kempes que viajaba de regreso desde Rosario, debió detenerse en Marcos Juárez a saludar a sin número de aficionados que también lo aguardaban en ese cruce de la ruta y que posteriormente en la caravana lo acompañaron hasta Bell Ville. Al llegar a esta última ciudad comenzó a vivirse el éxtasis.

Federico Chaine, *El Matador*: Al llegar a Marcos Juárez, una mujer policía le hizo señas para que se detuviera. Mario se hizo a un costado y bajo la ventanilla para saber que ocurría.

—¿Usted es Mario Kempes? —le preguntó con seriedad.

—Si, soy yo —respondió.

—¿Me firmás un autógrafo para mi hijo? —le imploró con una sonrisa.

***La Voz del Interior* (28/6/78):** Automóviles, camiones e improvisadas caravanas comenzaron a concentrarse en el Parador y al grito de “Marito corazón...”

y “Argentina... Argentina...” se comenzó a atronar el ambiente.

Nueva Tribuna (28/6/78): En pocos minutos El Parador fue ocupado íntegramente y una masa expectante trataba de ubicarse lo mejor posible para recibir al máximo goleador del Campeonato.

3

Esta es una crónica a pie. Sin autos, viajes, bicicletas. A pie.

En el documental *La memoria obstinada* (1997), Patricio Guzmán recrea junto a los escoltas de Salvador Allende, que sobrevivieron al golpe de estado de 1973, el recorrido del auto descapotado que llevó al presidente chileno hasta La Moneda el día de su asunción. La escena es de una sensibilidad sublime. Son seis sobrevivientes que marchan, en soledad, por las calles de Santiago, veintitrés años después del golpe. Esa imagen recuerdo, mientras camino por un bulevar Colón vacío y fantaseo con la autobomba del Matador en la ciudad ausente.

No son más de las diez de la mañana de un domingo nublado de enero de 2020. Recorro en sentido inverso el camino de la autobomba que trajo a Kempes la tarde-noche del 26 de junio de 1978 hasta llegar a su punto de partida, El Parador en el kilómetro 501 de la ruta N° 9.

Caminar desde mi casa hasta El Parador —una construcción de 1620 metros cuadrados, inaugurada en 1966 por el Presidente Arturo Illia y cerrada a fines de los noventa— implica un recorrido extenso, de más de una hora.

Los pueblos no son solamente las plazas con los municipios y las iglesias. Son también los bulevares, su carta de presentación. Y el bulevar Colón, a lo largo de dieciocho cuadras de veredas anchas y árboles diversos, es eso. El cuartel de bomberos voluntarios, las farmacias, hoteles, supermercados, los clubes y las casas vistosas que lo habitan brindan una primera impresión al visitante.

Tomo el puente Sarmiento —el primero de los cuatro puentes que hay en Bell Ville, inaugurado en 1871 para unir la ciudad con la estación de Ferrocarril— y, luego, los doscientos metros que conforman la vereda del Club Atlético y Biblioteca Bell. En la vereda del frente, en el Kiosco Luichi, está sentado su dueño Mili Colmano. Parece congelado. Con la ventana cerrada, debe estar completando crucigramas, quemando las horas, atendiendo a la nada. Me levanta la mano y devuelvo el saludo. La fachada del habitáculo de dos metros cuadrados en el que reposa está cubierta por una añosa enamorada del muro que romantiza el lugar.

Mili es un personaje entrañable, dominó las tribunas del Bell en los ochenta, integraba la Agrupación Blanquinegra, una especie de subcomisión de fútbol. Fue el primer hinchita del Bell que escuché cantar. Ocurrió en noviembre o diciembre de 1997, en la final de

la Liga Bellvillense de Fútbol entre Bell y Matienzo de Monte Buey. Primer partido, de visitante, Bell perdió 2 a 1 sobre la hora. Un robo: el árbitro validó un gol con la mano y una falta al arquero Fernando Merlini. Enrique Malbrán, uno de nuestros hinchas, le tiró con una lata de cerveza al *lineman* y después con monedas; mi papá hizo lo suyo con un pedazo de hierro del alumbrado. Todos erraron. El abogado Raúl Gavier, retacón de bigotes mustache y gafas Ray Ban pedía tranquilidad. De pronto apareció Mili, con su repertorio ochentoso: “*Dale la be, dale la be, dale la beeee, dale la beeee*”. Guerra. Bronca. El grito en la adversidad. Una sorpresa. En el interior del interior, por eso años el aliento no pasaba del aplauso cuando entraban los jugadores y gritos varios a árbitros, jueces de línea y jugadores rivales.

Continúo por el bulevar Colón. Cruzo las calles con nombres de intendentes: primero Matterson, luego Ponciano Vivanco, Barcia, Da Silva, Villarroel y más jefes comunales del pago. Solitario, me hago dueño de la vereda. En una heladería de la franquicia *Grido* dos empleadas revisan sus celulares. Visten delantal y cofia azul. “No atendemos al público. Pedidos al 3537677174”, dice un cartel escrito a mano pegado en la puerta.

Un par de cuadras más allá, está la estación del ferrocarril Domingo Faustino Sarmiento, luego la Avenida Ortiz Herrera y el último tramo de otro bulevar: el Hilario Ascasubi hasta cruzar las vías. Por momentos la ciudad sorprende. Los rubros se mezclan. Ferreterías, gomerías, escuelas. Casas bajas, otras con rejas, con detalles en los jardines, motos, bicicletas, autos. Y camiones.

A diferencia del Colón que es “la entrada a la ciudad”, el bulevar Ascasubi es obrero, metalúrgico y pesado. La artista local Marcela Orge en su álbum *Canción de mi* lo llamó “Boulevard Azul”: “*Tránsito pesado, andar cansado, overol, de azul se tiñe el boulevard*”. A diario, cientos de obreros pedalean hasta llegar a las fábricas que se encuentran sobre la ruta 9; y otro tanto de camiones —de carga en su mayoría— transportan soja, trigo, maíz, animales y alimentos hacia otras ciudades o puertos.

Las calles —su estado—, de pavimento flexible o viejo, llenas de baches, bacheos, parches y cosas varias, anticipan el lugar al que me dirijo.

Los últimos metros antes de llegar al Parador son a través de un camino de tierra paralelo a la ruta 9.

El edificio está abandonado, su aspecto es fantasmal. De catástrofe nuclear. Un pedazo de Chernóbil. En otro continente, al sur, a miles de kilómetros.

Ingreso por detrás, clandestino, hasta encontrar la estructura, de hormigón, las paredes revestidas de laja, el piso de granito, los asadores, el techo de chapa y miles de vidrios que estallaron vaya a saber cuándo. ¿Vive alguien aquí? ¿Hay señales de vida humana? No, solo una botella de *Bianchi* blanco al lado del asador.

El abandono, el éxodo, la soledad: dos girasoles crecen en medio de una montaña de pantalones, zapatillas y remeras desechadas. Sobre el frente del edificio están las paradas de los colectivos —unas doce, toda-

vía pintadas de amarillo en el cordón; y en el techo sobreviven, intactas, unas enormes letras blancas que a lo largo de diez metros forman las palabras: PARADOR BELL VILLE.

En este lugar, se disputó en 1968 el Campeonato Mundial de Casín. Funcionó una estación de servicio de la petrolera estatal YPF y fue parada obligatoria de los micros de larga distancia.

A este lugar, de niños con mis primos, lo llamábamos “el centro de la ruta”.

Aquí llegó Mario Alberto Kempes la tarde del lunes 26 de junio de 1978. Vestía una campera azul y un jeans al tono.

Aquí sonó la sirena de la autobomba por primera vez.

El coche rojo, decorado con banderas argentinas fue su olimpo.

Llovía.

Hacía frío.

La Voz del Interior (28/6/78): Una autobomba lo aguardaba en el lugar y a ella ascendió Mario Kempes en medio de una atronadora ovación acompañada con pitos, matracas, cornetas y las bocinas de los vehículos estacionados en el lugar.

Luis Sontag, Nueva Tribuna (4/10/2018), entrevista con Germán Picolomini: Teníamos un horario de llegada al Parador y fuimos varios a recibirlo, junto con el autobomba de los Bomberos Volunta-

rios. El arribo se demoró por horas y todo el mundo no aguantaba la ansiedad.

Mario Kempes, *El Matador, mi autobiografía*: A pocos kilómetros de la entrada de Bell Ville, sobre la única curva pronunciada que hay en ese sector de la ruta 9 —que antiguamente se conocía como “La curva de Cinzano” por un cartelón enorme que exhibía una publicidad de ese vermouth—, me esperaban varios amigos en sus coches. Salí a abrazarme con ellos y, desde ahí, se armó una pequeña procesión detrás de mi automóvil.

Federico Chaine, *El Matador*: La multitud estalló entusiasmada cuando el Torino gris patente X 354637 de Marito apareció en el horizonte.

***La Voz del Interior* (28/6/78):** Eran las 20,05 cuando Kempes arribó a la referida Estación de Servicios, en la playa se produjo el desborde y todos querían hacerle llegar su agradecimiento por el esfuerzo puesto al servicio de la casaca argentina.

***La Voz del Interior* (28/6/78):** Mario fue el primer sorprendido por todo este espectáculo y en un corto diálogo con LA VOZ DEL INTERIOR presente en esta ciudad, solo atino a indicar que no esperaba esta manifestación popular. Esperaba sí, dijo, el cariño de todos los bellvillenses, pero no esto que me parece algo irreal. Se le apuntó que sólo era el principio y que en todas las calles había gente aguardando su paso.

—Querido Matías, que gusto escucharte —me dice Jorge Boulard—. A Marito Kempes lo acompañé en mi auto con la canción del Mundial y la repetición de los goles cuando él iba en la autobomba. Era una multitud que lo acompañaba. Me tocó estar en el medio de todo. Yo iba delante de la autobomba.

Boulard, de 76 años, hace más de cincuenta que maneja el auto con la propaladora, el medio de comunicación que todavía sobrevive en el interior del país. “Primero fue la cinta, después el casete y el CD, y ahora el MP3”. Lo escucho y me parece que hable desde el parlante del auto.

—Tengo una foto con Marito durante un festejo en el Club Bell y hay personas que te van a tocar a vos, porque creo está tu padre también por ahí si no me equivoco.

Efectivamente, entre Boulard y Kempes, aparece mi papá con un saco color camel, camisa blanca y corbata dorada. Su cabeza enorme, su pelo apenas largo, boca, nariz y mirada. Extremidades y gestos que parecen míos. Él tenía entonces 37 años.

Daniel Sampietro también aportó otra imagen tomada ese día en el Club Bell:

—En la cena estaban todos los jugadores y dirigentes del club. Nosotros éramos pibes recién subidos a primera, Mario llegó y saludó mesa por mesa. Se acercó, nos saludó y se sacó la foto. Viste como es Mario, supersencillo. Esa foto es una instantánea. Venía el fotógrafo, sacaba la fotito y por abajo salía un cuadradito blanco, la movía un poquito y ya te quedaba la foto.

La que conserva Jorge Boulard también es una instantánea, sobre los márgenes blancos escribió: “MARIO A. KEMPES (Goleador 1978 de Argentina). Fiesta en Club Bell”.

—Arriba de la autobomba también iba el Jefe de los Bomberos Cacho Domínguez, que era un tipazo. Casi no hablaba. ¡Las vidas que habrá salvado en el río! — dice Boulard.

De niño me impresionaba el look de Cacho Domínguez: usaba chombas con corbata. Vivía a la vuelta de mi casa. Pasaba sus tardes en la sede social del Club Bell. En el regreso de Kempes fue un actor de reparto que se llevó la foto triunfal del ídolo arriba de la autobomba. Uniformado, con guantes y gorro, era el orden constituido arriba del camión hidrante. Desde ahí administró el metro cuadrado sobre el que reposaba Marito. También participó del asado de despedida el día que Kempes cumplió 24 años. Le dirá a la cámara de Adelquis Forgione: “Bueno, estoy con la familia Kempes, festejando el cumpleaños de Mario Kempes, El Matador. Contento. Comiendo un asado hermoso”.

De él cuentan que solía bañarse en el río en invierno.

Una pasarela lleva su nombre, pocos lo saben. Es el recuerdo silencioso a un hombre callado.

Durante las cuatro horas de trayecto de la autobomba, Kempes compartió la gloria del regreso con su amigo Luis Sontag, Polaco.

—No debe haber medio periodístico de habla hispana que no lleve impreso entre sus páginas el nombre de “Polaco” Sontag, cada vez que Mario ha recordado sus orígenes —le señaló el periodista Germán Piccolomini en la edición del 4 de octubre de 2018 del semanario *Nueva Tribuna*.

—Sí, claro. Ocurre que compartimos plantel en el Club Bell, en esos años que él comenzó a destacarse y desde allí forjamos una fuerte amistad.

Falleció en febrero de 2019, no alcancé a entrevistarlo. Había compartido equipo con Kempes en la primera división de Bell y por años fue un referente de la Liga Bellvillense de Fútbol. “Más que a un amigo, he perdido a un hermano”, escribió El Matador en su perfil de Instagram.

Lo recuerdo en el Club Bell, trotando alrededor de la cancha en las tardecitas de verano; en la tribuna, al lado de la platea, con una radio portátil pegada al oído; y en su vieja bicicleta, quijotesco, prolijo.

Transmitía la sobriedad que tanto le jode a este mundo patas arriba.

Luis Sontag, *Nueva Tribuna* (4/10/18), entrevista con Germán Piccolomini: Cuando por fin llegó acá, el autobomba se preparó y subieron varios periodistas, entre ellos, Héctor Vidaña de Rosario y Osvaldo Etrat de Radio Unión. Ricardo Marroncle, uno de ellos, me invitó a subir y Mario también. Así fue que viví bien de cerca el regreso del pibe, hecho ídolo mundial.

Oswaldo Etrat, periodista, ex Director de Radio Unión: Ese día hacía mucho frío y solo tenía puesto un saco liviano, a cuadros. La caravana duró 4 horas. Me tocó ir arriba de la autobomba, junto a los periodistas Tulio Domínguez y Ricardo Marroncle. También estaban algunos amigos de Kempes y el Jefe de los Bomberos Voluntarios Cacho Domínguez. La forma de trabajo era caótica.

Oscar Cámpoli, integrante de la Comisión Directiva de los Bomberos Voluntarios de Bell Ville: Esa autobomba es una Ford F-150, todavía está en el cuartel.

La Voz del Interior (28/6/78): La marcha se hizo muy lenta ya que la gente que se encontraba en las veredas se abalanzó hacia el autobomba de los Bomberos Voluntarios de Bell Ville imposibilitando su marcha.

Mario Kempes, *El Matador, mi autobiografía*: Cuando el camión tomó por la principal avenida de acceso a la zona céntrica, el bulevar Colón, la multitud cubría la arteria de vereda a vereda con su alegría inmensa.

Enrique Gandullo (h): Marito tenía pasión por mi viejo. A la altura de boulevard Colón, lo reconoció y lo hizo subir a la autobomba. Hizo unas cuadradas arriba del autobomba, yo me quedé abajo con mi mamá y hermana. Era un quilombo de gente por todos lados.

Nueva Tribuna (28/6/78): En todo el trayecto se renovaron incesantemente las muestras de júbilo y las expresiones de simpatía, que se multiplicaron en cada uno de los lugares donde se detuvo: con los fuegos de artificio del Club Central, con las felicitaciones del Presidente de la República recibidas en el Club Bell por intermedio de Radio Rivadavia.

La Voz del Interior (28/6/78): El teniente general Jorge Rafael Videla accedió a conversar con el joven deportista a quien felicitó por su reciente conquista como integrante del seleccionado nacional de fútbol y al que le expresó adhesión junto al pueblo de Bell Ville que lo recibía como un triunfador.

Osvaldo Etrat: El dúplex con Videla se hizo en el Club Bell. Arriba del coche trabajamos con un equipo Motorola que se calentaba y una radio Tonomac Siete Mares.

Raúl Ganuza, periodista, ex integrante de Radio Unión: Un momento especial fue cuando llama José María Muñoz desde Radio Rivadavia. Suena el teléfono de la radio y era Muñoz diciendo que tenía en línea a Videla, si podía hablar con Kempes. Yo hice el enlace desde estudios centrales, para la radio fue una comunicación brillante considerando los medios que existían. Me acuerdo que estuve un rato hablando con Videla que esperaba que lo comunicáramos y atrás mío estaban todos los discos prohibidos por la dictadura. Después del golpe la radio tuvo el sesenta por ciento de la discoteca sin

uso, un censor desde la Fábrica Militar de Villa María se encargaba de escuchar la programación y de enviar la lista de los artistas prohibidos. Pero hay que reconocer el contexto, los argentinos estaban extasiados con el Mundial, vivíamos otra realidad.

La Voz del Interior (28/6/78): El diálogo se hizo con dificultad ante el ruido de la sirena de la autobomba y del incesante clamor de la multitud que acompañaba la caravana.

Nueva Tribuna, “Radio Unión y el Mundial de Fútbol” (5/7/78): La excepcional cobertura periodística que Radio Unión de esta ciudad, desarrolló durante la disputa del Torneo Mundial de Fútbol, alcanzó su punto culminante en cuanto a repercusión nacional, en el operativo desplegado el lunes 26 último, con motivo de la llegada a Bell Ville de Mario Alberto Kempes.

En esa ocasión, Bell Ville alcanzó resonancia en todo el país, a través de los enlaces que Radio Unión posibilitó con emisoras y canales de televisión interesadas en narrar su audiencia los pormenores de su recibimiento. De todas las notas logradas, sobresalió el diálogo entre el Presidente Teniente Gral. Jorge Rafael Videla; el periodista José María Muñoz y Kempes. La conexión se realizó entre el Centro Cultural General San Martín, donde se encontraba el Jefe de Estado Videla; Radio Rivadavia, donde Muñoz cumplía sus habituales funciones

y el autobomba que conducía a Kempes rumbo al centro de Bell Ville.

José María Muñoz, conocido como “el relator de América”, fue la voz oficial del Mundial, polemizó con el dibujante Caloi por el personaje Clemente que salía a diario en la contratapa de *Clarín*. “Señor espectador: el país también juega en la tribuna, hay que mostrar cómo realmente somos y jugar el campeonato de la educación y confraternidad”, decía la propaganda de la dictadura.

Clemente pedía que tiren papelitos; él prefería la sobriedad.

En su libro *La vergüenza de Todos* (Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2005), Pablo Llonto escribió: “Nadie que estudie periodismo deportivo debería soñar con ser como Muñoz, como alguna vez en nuestra ingenua y estúpida adolescencia quisimos nosotros”.

La Voz del Interior (28/6/78): Una verdadera muchedumbre impidió el paso que se hizo así más lento, en tanto que numerosas personas acompañaron a pie la marcha de la caravana. Fue tal el delirio que los 2 kilómetros de andar se hicieron a en poco más de dos horas, en medio de gritos y agitar de banderas argentinas.

Federico Chaine, *El Matador*: La caravana continuó por calle Tucumán hasta la casa del “Matador”,

ubicada en Pio Angulo al 900. Mario saludó emocionado a sus amistades, aquellas de su infancia que lo habían visto partir como una gran promesa y ahora lo recibían cubierto de gloria. El trayecto continuó hasta el edificio de la Municipalidad de Bell Ville donde se construyó un palco de honor desde el que Mario saludó a su gente en medio de la algarabía.

La Voz del Interior (28/6/78): En el palco levantado al frente del edificio municipal en tanto el público que se había agolpado comenzó a impacientarse produciendo algunas avalanchas que felizmente no tuvieron mayores consecuencias, solo algunos desmayos.

Hernán Garelli: Recuerdo el palco. Yo estaba en la esquina de la Municipalidad con un recorte de *El Gráfico* y la foto a página central de Marito gritando el gol a Polonia. Lo había pegado en el centro de una bandera argentina armada con una rama sacada de mi patio. Tenía 10 años.

Juan Carlos Licari: El palco no se usó por el desborde de gente. Tuvieron que improvisar una recepción, lo hicieron subir al primer piso de la Municipalidad y desde ahí saludó.

La Voz del Interior (28/6/78): A las 22.15 cuando llegó la autobomba conduciendo a Mario Kempes la plaza quedó chica y fue necesario pedir calma para evitar problemas. El grito “Argentina... Argentina...” ensordecía a todos y superados esos minutos la

Banda Municipal tocó las marchas de la Bandera y de San Lorenzo que la multitud coreó con un llamativo entusiasmo.

Nueva Tribuna (28/6/78): Otra multitud lo aguardaba frente al Palacio Municipal, donde no hubo deserciones a pesar de la larga espera ni de la pertinaz llovizna que a poco comenzó a caer. Cuando la caravana llegó frente al palco de las autoridades, el clamor popular fue tan intenso que ahogó la marcha que la Banda Infantil interpretaba.

La Voz del Interior (28/6/78): Después el intendente quiso decir algunas palabras pero la emoción sólo le permitió decir al señor Gabriel Fernández... “Gracias Mario... el pueblo de Bell Ville te nombra embajador permanente ante el mundo...”.

Gabriel Fernández, Intendente de facto, fragmento en video filmado por Adelquis Forgione: Este señor que nos representa en el mundo y que nosotros lo hemos titulado: “Nuestro embajador para siempre”.

Mario Kempes, *El Matador, mi autobiografía*: Mi viejo había organizado con uno de mis tíos que se prepararan unos chivitos al asador para las diez, once de la noche. Llegué a casa a las dos de la mañana. Los chivitos estaban secos y apenas pude probar un bocado tierno, porque también se había reunido mucha gente allí y todos querían felicitarme. Me quedé un rato y salí a tomar algo con mis amigos. Necesitaba un poco de paz.

Federico Chaine, *El Matador*: Agotado pero feliz por tanto cariño, en la madrugada desapareció junto a un grupo de amigos y recién volvió a las cinco de la tarde del otro día.

***El Gráfico*, “Kempes, el mejor de todos” (4/7/1978):** Sobre el filo de la madrugada del miércoles 28 pasaron muchas cosas. Hubo una búsqueda incesante de 24 horas por el límite de Córdoba-Rosario. Ciento ochenta kilómetros de Córdoba a Bell Ville. Cuarenta de Bell Ville a Leones y treinta y tres de Leones a Noetinger. “Y vea, don, como a cinco leguas por ese camino de tierra va a encontrar la estancia... por ahí andaba el Marito con unos amigos esta mañana. Iba en un Torino plateado”.

Hasta que allá, en el barrio Talleres de Bell Ville, aparece la figura buscada con ojeras de días sin sueño y una sonrisa amplia, pero también cansada.

Juan Carlos Licari: Esa noche se fueron de joda a un campo, sólo la policía sabía el lugar. Etrat quiso averiguar pero no le dieron información.

Osvaldo Etrat: No recuerdo ese episodio.



Sábado, 1 de julio de 1978.

La cancha y sede social del Club Atlético Talleres, ocupa una manzana que limita con las 45 hectáreas de

monte nativo que, en medio de la ciudad, conforman la reserva provincial Francisco Tau. Dos cuadras separan la casa familiar de los Kempes del Club de camiseta azulgrana. “El máximo orgullo que ostentan sus asociados y simpatizantes, radica que en los registros ligueros, según el carnet N° 799, está fichado oficialmente por el Club, Mario Alberto Kempes”, me cuenta por correo electrónico Juan Carlos Licari.

Talleres fue el punto cero de la carrera de Kempes. Su lugar de partida, pero no alcanzó a debutar en primera. “Yo lo veía jugar al fútbol tan bien que en un momento dado se lo pedí al padre para que me lo diera y poder llevarlo a Talleres”, le contó a la revista *Gente* Enrique Mantelli, vecino del barrio, en julio de 1978. También a *Gente*, el entrenador Emilio Barcos — padre del ex delantero de Racing, Gremio y la selección argentina Hernán Barcos—, le decía: “Era muy inteligente y muy hábil. Reservado para hablar. Venía, jugaba y se iba a la casa. Pero un día dejó de venir y nos enteramos que se había ido a jugar a Bell”.

El sábado primero de julio, seis días después de la final contra Holanda, Marito improvisó una ropa deportiva, recorrió las dos cuadras que separan su casa de la cancha de Talleres y se presentó a jugar en el encuentro de la Liga Correntina, el clásico que los ex futbolistas locales todavía disputan cada sábado. “Se juega con el cuchillo entre los dientes como los correntinos, de ahí viene el nombre”, me dice Marcelo Filippi, uno de los habituales jugadores.

Luis Sontag, *Nueva Tribuna* (4/10/18), entrevista con Germán Picolomini: La caravana que llevaba un montón de autos, avanzaba a paso de hombre. Cuando vio que la bandera de la Liga Correntina flameaba en un edificio, les gritó que le guardaran “un lugar para el sábado”.

Mario Kempes, *El Matador, mi autobiografía*: En mi pueblo natal, todos los sábados por la tardecita se disputaba un partido que había adquirido las dimensiones de un clásico y tenía una denominación muy particular “Liga Correntina”. Este encuentro se caracterizaba por la pierna fuerte y el espíritu vehemente de sus participantes.

Mario Kempes, *El Matador, mi autobiografía*: Un sábado por la mañana fui hasta la canchita donde estaba previsto que se jugara el famoso desafío semanal. Algunos de mis amigos habían sido citados pero yo no. Al llegar, uno de los organizadores, que era mayor que nosotros, me preguntó que hacía ahí.
—Vine a jugar...

—Perdoname, nene, pero hoy no podes participar.

—¿Por qué?

—Porque ya somos veintidós, los equipos están completos.

—Bueno... está bien —acepté, resignado.

Juan Carlos Licari: El sábado 1 de julio, lo invitaron a jugar los muchachos de la Liga Correntina a la cancha del Club Talleres que queda a la vuelta de la casa. Mario se fue caminando. Había mucha

gente que le pedía fotos, autógrafos, no lo dejaban llegar. Eso lo hizo demorar y los que lo habían invitado decidieron empezar, cuando Mario cumplió con todos los hinchas, quiso entrar a jugar pero le dijeron: “Usted Kempes llega tarde, tiene que ir al banco y esperar entrar”. Fue muy gracioso, le tocó comer banco.

La foto que encontré de mi abuelo con Kempes es de esa tarde. Marito aparece con un buzo Adidas verde y un pantalón corto blanco encima de otro largo, a su izquierda está mi abuelo y a la derecha otro hombre de gafas oscuras. De fondo, los algarrobos y talas del parque Tau le dan el condimento local, lo sitúan en su ciudad.

“Ése que está ahí es don Sosa, el padre del Sergio”, indica Hernán Garelli, cuando le muestro la foto, en referencia al tercero desconocido.

—Don Sosa, ¿ése es usted? —le pregunté una mañana cuando lo crucé sobre la calle Córdoba y le mostré la foto desde el teléfono celular.

—No se che, soy parecido.

Nos convencemos que es don Sosa porque Sergio, su hijo, también tiene fotos de ese día en la que está con su hermano y otros colados. “Fijate que estoy con una camisa caqui de los *Scouts*. Me parece que el viejo, cuando se enteró que Marito estaba en el Bosque, me fue a buscar y fuimos los tres”.

Sergio Sosa dice que las dos fotos que él tiene de esa tarde en cancha del Club Talleres siempre estuvieron

dando vueltas por la casa, al alcance para evitar que se pierdan.

—La verdad es que es muy disperso el recuerdo que tengo. No me acuerdo quién sacó la foto.

No solo el protagonista, sino que muchos dicen que al goleador del Mundial lo mandaron al banco por llegar tarde al partido: “Ya estamos los veintidós, los equipos están completos”, recuerda Kempes en *Matador, mi autobiografía*. Sin embargo, una crónica de *La Voz del interior* del 21 de julio de 1977 —un año antes del Mundial— indica que “los veteranos de la Liga Correntina” hicieron esperar como suplente “al hombre que espera la selección argentina”.

Su amigo Carlos Baiocchi le dijo a Osvaldo Ardizzone de la revista *Goles*, en julio de 1978:

—El año pasado llegó de España un sábado y a la tarde se apareció en la cancha con los botines y la ropa para entrar ¿Que va a jugar? Al banco a hacer méritos.

—Sí, hice banco —agrega Kempes— pero entré en el segundo tiempo y los maté a todos.

Roberto Di Rienzo, ex arquero de Bell: Ese día, hubo un partido de exhibición que se hizo en la cancha de Talleres con todos los que en ese momento formábamos la famosa Liga Correntina. Fue mucha gente a ver el partido porque se corrió la bola que iba a estar el Mario —que jugó un rato para cada equipo.

Emilio Daniel Mustafá: Tengo una foto de esa tarde. No recuerdo cómo fue la anécdota, pero sí que Marito jugó. Compartimos dupla. Tiré una pared con él e hice un golazo y él me felicitó: “Muy bien Turquito”, me dijo. Yo me sentía Neeskens.

5

Villa Giardino, julio de 1978.

Mario Alberto Kempes, *El Matador, mi autobiografía*: Al cabo de dos o tres días sin poder relajarme, el Polaco Sontag, el Gringo Heimsath, Fililí Rodríguez y Miga Baiocchi me propusieron alejarme un poco del quilombo y pasar unos días en las sierras, en una casita de Villa Giardino que había comprado mi viejo. ¡Me pareció una idea estupenda! Tomamos las llaves y partimos sin decirle nada a nadie donde íbamos.

Eglis Chiodi, madre de Kempes, *Siete Días, “Mario Kempes: el reposo del guerrero” (18/7/1978)*: Me dijo que no aguantaba más tanto ruido y que se iba con unos amigos a las sierras, pero no especificó a dónde ¿Sabe lo que pasa? No lo dejaron tranquilo ni un minuto y él necesita descansar, pensar en otras cosas que nos sea fútbol.

Oswaldo Ardizzone, *Goles*, “Grito tanto ¡goll! Que necesitaba silencio...”, julio de 1978: Del paradero de Mario Kempes apenas se dispone de un par de indicios muy vagos... “Según parece se consiguió un Torino, cargó unos cuantos amigos y se fue para las sierras... Por el Valle de Punilla, tal vez pasando La Falda, o por ahí...”. Esa era toda la información. “Porque Mario no quiere que lo molesten”.

Vecino de la familia Kempes, *Siete Días*, “Mario Kempes: el reposo del guerrero” (18/7/1978): Seguro que se refugió en la casita de Villa Giardino. Ese es un lugar tranquilo al que nadie se le ocurriría ir a buscarlo.

Mario Kempes, *El Matador, mi autobiografía*: Al tercer día, fuimos a pescar al dique. (...). Mientras tirábamos las líneas y charlábamos serenos, de entre la vegetación surge un periodista de la ciudad de Córdoba. “¿Qué carajo estás haciendo acá?”, le reproché, muy molesto con la invasión de mi privacidad. Me salió del alma. El tipo que trabajaba para una radio y un diario de la capital provincial, me explicó que llevaba varios días buscándome (...). Me rompió tanto las pelotas para que yo accediera a darle una entrevista, que terminé aceptando a cambio de que no revelara dónde me había refugiado. El desgraciado me juró que guardaría el secreto, pero mintió: ¡Así de grande salió publicado donde estaba! Por su culpa, se terminó la tranquilidad.

Oswaldo Ardizzone: Son las 11 de la mañana del último viernes. Todo el silencio. En la mitad de la callejuela escarpada, flanqueada por árboles gigantes, advierto un Torino de color gris con las puertas abiertas. Un grupo de cuatro o cinco muchachos, unos metros más allá, charlan distraídamente. Me aproximo. Y compruebo que acerté el rastreo. En el interior del Torino, escuchando la radio y jugando con un manojito de llaves, descubro a Mario. —Hola Mario ¿cómo le va? —Me estrecha una mano con una frialdad que no trata de disimular. —Hola... ¿cómo me va? Bien y mal... ¿sabe por qué? Porque en este país no hay manera de estar tranquilo. No hay caso, no respetan nada. Esta mañana, no eran las ocho todavía y ya estaban golpeándome la puerta... ¿A usted le parece? Después, aparecieron otros no sé de qué revista. Ayer a la tarde de un canal de televisión me corrieron por el dique hasta que me filmaron... Y esto no puede ser. Resulta que me escapo de Buenos Aires porque estaba filtrado, voy a mi casa de Bell Ville y ni me dejaron dormir. Vengo aquí sin decirle nada a nadie y me siguen persiguiendo... Entonces ¿uno no es dueño de su vida ni un par de días al menos?

Jueves 13 de julio, Club River Plate.

“Mi tía Nené, Mario Alberto y los padres. La foto está exhibida desde el año 78 en el mismo aparador. En un lugar de gran importancia en cuanto a lo afectivo, junto a un par de papas y alguna otra foto familiar. ¿Te sirve?”, escribió Cope, la mamá de un amigo, por WhatsApp cuando se enteró de la tarea que estaba realizando.

En el reverso, la foto está fechada: “13 de julio de 1978, 23 horas, Club River Plate, Bell Ville”.

En otro mensaje aclaró: “Por papas léase pontífices”.

Bell Ville y Roma en un aparador.

Nueva Tribuna, “Homenaje a Mario Kempes”

(8/7/78): Organizado por la Dirección Municipal de Educación Física y Deportes con la colaboración de L. V. 25 Radio Unión, se llevará a cabo, el jueves 13 del corriente, a las 20 y 30, en las instalaciones del Club River Plate de nuestra ciudad, un homenaje a Mario Kempes.

Durante la cobertura para la revista *Goles*, el enviado Ernesto Misray indicó: “Bell Ville vivió el jueves una fiesta diferente. En el Club River Plate se festejó el cumpleaños número 24 del mejor jugador del mundial”. “Fue una noche inolvidable para el crack. (...). Debe haber batido el record mundial de firma de autógrafos”.

La Voz del Interior, “Adiós... Señor del Gol...!” (15/7/78): Bell Ville iluminó la fiesta con todas las presencias. Para el gran homenaje de la provincia. Y estuvieron todos. Los amigos de ayer y los de cada momento nuevo. (...) Mario Kempes subió al escenario para recibir la medalla que su pueblo le entregaba con el mensaje de su designación: “Mario Alberto Kempes, Embajador de Bell Ville ante el mundo”.

Nueva Tribuna, “Todo Bell Ville homenaje a Kempes” (15/7/78): ¿Qué puede decirse de un acontecimiento que los principales medios de difusión del país se encargaron de proyectar en el mismo momento de producirse? El homenaje que Bell Ville rindió a Mario Kempes, es sin duda el suceso local que alcanzó la mejor y más amplia cobertura periodística en nuestra historia ciudadana.

Raúl Ganuza: Me acuerdo que en la cena que se organizó en el Club River ingresé al salón acompañando a Marito. La radio salía en vivo.

Nueva Tribuna, “Todo Bell Ville homenaje a Kempes” (15/7/78): Y Mario Kempes llegó, calcando un gesto que las cámaras de televisión han repetido infinitamente, con la diferencia que, anoche, al extender los brazos, no fue para subrayar un gol, sino para abrazarnos a todos.

Fragmento de video filmado por Adelquis Forgiione: En el momento en el que se le está rindiendo homenaje en Club River Plate de Bell Ville. La

misma sencillez, la misma calidez de siempre en la familia Kempes viviendo este momento tan importante en la ciudad que viera nacer al famoso Mario Alberto Kempes.

Nueva Tribuna, “Todo Bell Ville homenaje a Kempes” (15/7/78): “Mónica presenta”, es sin duda uno de los programas televisivos de más amplia audiencia en estos momentos. Su conductora arribó a Bell Ville precedida de impresionante equipo atendido por más de veinte personas. Y fue ella quien de la mano condujo a Mario Kempes para enfrentarlo a las cámaras. Varios televisores, colocados estratégicamente por todo el salón (otro acierto de los organizadores), permitieron vivir a la concurrencia, la extraña, curiosa, inédita experiencia de ser actores y espectadores a la vez de un suceso con ribetes de ensueño, proyectaba a Bell Ville hacia todos los ámbitos del país.

Juan Carlos Licari, a cargo de la organización del evento: Los de la televisión pusieron una antena enorme en medio de la cancha. Fue una cosa espectacular. A mí y a Ricardo Marroncle, Osvaldo Etrat nos pidió la máxima atención a los periodistas que nos visitaban.

Nueva Tribuna, “Todo Bell Ville homenaje a Kempes” (15/7/78): Alberto Cognini el genial humorista director de “Hortensia”, otro famoso hijo de Bell Ville viajó expresamente para sumarse a este homenaje. Durante toda la noche repartió abrazos,

dibujó los perfiles de cuantos se lo solicitaron y en los momentos en que le pidieron que hablase ante las cámaras o los micrófonos, sus frases tuvieron siempre el emocionado tono que les imprimía su genuino orgullo de ser bellvillense.

Sergio Sosa: Esa noche Cognini hizo una caricatura del Mario y se la regaló a mi viejo. Estaba hecha con carbonilla a mano alzada.

Hugo Kempes: Me acuerdo que comí, me levanté y me fui.

Mario Alberto Kempes, fragmento de video filmado por Adelquis Forgione: Bueno, quisiera decir unas palabras, primeramente agradecer al intendente de Bell Ville y a toda la gente maravillosa de Bell Ville que este homenaje que me hacen a mí se lo merecen principalmente mis padres (...). A esta gente que ha concurrido muchas gracias y a la que no ha concurrido también muchísimas gracias.

Gabriel Fernández, Intendente de facto, fragmento de video filmado por Adelquis Forgione: Felicidad de estar en esta fiesta. Fiesta que Mario Alberto Kempes ha sido el gestor porque al estar participando como representante de Bell Ville en este Mundial nos ha dado la gran oportunidad de vivir esta época feliz.

Mónica Cahen D'anvers, fragmento de video filmado por Adelquis Forgione: Esta noche acá hay mucha gente. Mucha gente que viene a despedirlo

a Mario Kempes con un dejo de tristeza y, además, con mucha alegría (...). Quiero mandarles un saludo muy grande a la gente de Bell Ville, desgraciadamente he tenido muy poco tiempo para conocerlos porque llegamos muy pocas horas antes de este acto, pero el recibimiento y la calidez de la gente bien valía la pena los quinientos y pico de kilómetros que hicimos en auto. Gracias y hasta muy pronto.

En la despedida también hubo lugar para la queja. En *Nueva Tribuna*, un vecino criticó a “las autoridades” que “dejaron evadir de la ciudad trescientos o cuatrocientos millones de pesos viejos”. “Como todos saben fue una reunión muy grande atendida por elementos foráneos”. El crítico firmó con su libreta de enrolamiento: “L. E. 6.528.758”.

Luego de ser criticado por no ir a una fiesta organizada por el diario, Kempes envió una carta al Director de *La Voz del Interior*, Jorge Remonda. Acusó cansancio, las presencias en horas o lugares insólitos sin tiempo para descansar ni estar con su familia. “Simplemente no he podido vencer la imposibilidad material de estar en dos partes o más, a la vez”. “Antes de partir, dejo (...) mis sinceras disculpas por no haber podido hacerle un gol al tiempo y estar con todos antes de que el pitazo final me obligue a levantar los brazos en la despedida e ingresar en el túnel del retorno”.

El 16 de julio de 1978, Mario Alberto Kempes y su familia volvieron a España. Un día antes había cumplido 24 años.

Adiós, señor del gol.

TERCERA PARTE



Dos placas de bronce ubicadas en el interior de la terminal de ómnibus Manuel Belgrano es lo único oficial que recuerda el nombre de Mario Alberto Kempes en esta ciudad.

Dentro de ese edificio de estilo racionalista, inaugurado en 1970, que con sus reformas y destrucciones devino en ecléctico, *sui generis*, los perros callejeros se comportan con la habitualidad de su hogar. Corren y juegan con la desfachatez de los turistas en un hotel *all inclusive* del caribe. Sobre una vidriera cientos de diarios viejos cubren lo que hasta hace unos años era el bar del lugar. A su izquierda, un tabique de durlock se impone al desaparecido telecentro. Otros diarios, menos amarillos, de colores claros y hojas blancas, se exhiben en el puesto de diarios y revistas del local N° 10.

A metros de ahí, luego de los quioscos de los locales N° 9 y 8, la gente hace cola en la ventanilla de la empresa Córdoba Coata. En minutos subirán al colectivo que se anuncia a Villa María y que ya está afuera, con los motores encendidos, escoltado por dos choferes de prolijas camisas mangas cortas y corbatas negras.

Miro a mí alrededor, todo funciona con normalidad en un escenario caótico.

En este lugar, que alguna vez tuvo otras pretensiones, había una escultura de Kempes a la que la revista *Mística* describió como “un busto que le hace poco honor a su modelo”.

—A la cabeza —dice el quiosquero del local N° 9— se la llevaron con el Monumento a la Pelota, cuando remodelaron la plaza. Me parece que fue en esa época. Viste que a la pelota la pusieron ahí, pero la cabeza no sé dónde fue a parar. Te acordás que era bastante fea.

—Sé que a él la estatua no le gusto. Era un adefesio, estaba irreconocible —me dijo uno de los entrevistados.

Ahora, en el lugar en la que estaba ubicada, una especie de *zona cero* con mosaicos de otros colores, un empleado municipal arrastra un escobillón enorme, y junta a su paso, tierra, papeles y colillas de cigarrillo, a su derecha las dos placas se encuentran perdidas sobre una columna revestida de azulejos pintados de rosa pastel. Dicen:

“LA MUNICIPALIDAD Y EL PUEBLO
DE BELL VILLE
EN HOMENAJE A
MARIO ALBERTO KEMPES
DISTINGUIDO COMO EL DEPORTISTA
DEL SIGLO” ENERO 2000
A MARIO KEMPES:

“EL MATADOR”
MAXIMO EXPONENTE DEL FUTBOL
BELLVILLENSE QUE EN EL ‘78 CUBRIO
DE GLORIA A LA CIUDAD.
CON ADMIRACION Y RESPETO
LA TERMINAL S. R. L.
ENERO – 2000

Obra del escultor local Mario Demaría, la cabeza-busto mal lograda, como un hecho predictivo se asemejaba al Kempes comentarista de ESPN de pelo corto y no al hombre de clinas largas que con los brazos en alto corre gritando gol en la final del Mundial 78.

—Todos decían que era parecido al Pacha Arguello —dice otro entrevistado en referencia a un ex jugador de la Liga Bellvillense de Fútbol.

En enero de 2021, a veintiún años de que fue inaugurada, el paradero de la cabeza-busto es desconocido.

La crónica del semanario *El Sudeste*, publicada en la edición del 12 de enero de 2000, cuenta que Kempes “agradeció evidentemente emocionado el homenaje que se le tributaba y reconoció que ni en 1978 ‘cuando la comunidad de Bell Ville me recibió para testimoniarme su afecto, cuando fui campeón mundial, me conmoví tanto como ahora’”.

“Este tipo de reconocimientos —continúa Kempes— generalmente se nos tributan cuando ya estamos ‘panza arriba’ por lo que para mí resulta doblemente valioso”.

—Ese día mi papá me llevó al acto en la Terminal —dice Mariano Rébola, un amigo al que le leí las líneas anteriores—. Yo tenía diez años, era muy chico. Hasta que no salí de ahí no sabía muy bien qué estaba haciendo. Me acuerdo que había mucha gente, se cantó el himno y él dijo unas palabras. Me cayó la ficha de quién

había sido cuando, durante el homenaje, me enteré que salió campeón del mundo. Yo a esa edad jugaba al fútbol y cuando llegué a casa le dije a mi papá: “Che, éste fue un tipo importante, campeón del mundo”. Ahí me di cuenta de la magnitud del ídolo.

“Deuda histórica”, “la provincia le ganó a la ciudad”, “indiferencia”, “a los homenajes hay que hacerlos en vida”. Esos son algunos de los términos que utilizaron los entrevistados cuando le pregunté sobre el reconocimiento de la comunidad local a Mario Alberto Kempes —“el símbolo máximo de la ciudad”, como me dijo Hernán Garelli— en la actualidad.

—Nuestro Mario muchas veces no es reconocido como debiera. Si bien en Córdoba sí, porque el estadio mayor lleva su nombre, Bell Ville no le ha brindado muchos homenajes, aunque todos los de aquella época lo llevamos en el corazón por ser tan buena persona —dice María Inés Coronel, vecina de la ciudad.

—Muchos dicen que hay que hacer algo, que la provincia ya le puso el nombre al estadio mundialista, pero en Bell Ville el tema del monumento o una calle a su nombre es complejo porque por Carta Orgánica está prohibido usar el nombre de personas vivas —dice Ernesto Gavier, presidente del Concejo Deliberante y presidente, en 1995, de la Convención Municipal que sancionó la Carta Orgánica.

Carta Orgánica de la ciudad de Bell Ville, artículo 66 inc. 40: Son atribuciones y deberes del Concejo Deliberante:

Nominar calles de la ciudad, no pudiendo hacerlo con el nombre de personas vivas, ni levantar monumentos de estas.

Retirado del fútbol profesional en 1992 —con un breve retorno al Fernández Vial de la segunda división chilena en 1996—, a mediados de la década del noventa y durante los primeros años del 2000, Kempes hizo base en Bell Ville. Alternó las estadias en “su lugar en el mundo” con las experiencias como entrenador en Indonesia, Albania y luego en Bolivia y Venezuela —donde conoció a Julia, su actual esposa: “Mi paso por Venezuela fue mucho más valioso en el plano personal que profesional”, escribió en su biografía.

Por aquellos días en su ciudad se volvió corriente, uno más. Sus días fueron un banquete para el más salvaje de los periodismos. Su segunda vuelta fueron asados, amigos, picados y noches detrás de la barra de La Goleta, el bar del hijo de su padrino.

“Yo vengo de una familia humilde y me eduqué de esa manera. Somos gente tranquila, que vivimos en Bell Ville y dormimos la siesta todas las tardes. Yo estoy cómodo acá, por eso cuando vengo a la Argentina me quedo en mi pueblo, no voy a Buenos Aires, a Córdoba o a Rosario a decir ‘acá estoy yo’”, le dijo a Ariel Hendler de la revista *Nueva* en 1999.

“¿En qué momento te bajoneás?”, le preguntaron en 2002. “Cuando no tengo laburo, no sé qué hacer”.

En febrero de 1997, *Clarín Deportivo* lo visitó y habló de los días de Kempes en Bell Ville: “Va casi todas las tardes a jugar a las bochas con su padre al parque Tau, donde verlo arrimar el bochín es algo tan común que ya nadie se sorprende”. Lo retrató de pantalones cortos, camisa desprendida, sobre la ruta, apoyado en un cartel vial que indicaba:

BELL VILLE	3
J. POSSE	37
W. ESCALANTE	71

También en 1997 *El Gráfico* vino a cubrir la vida del Matador.

El fotógrafo Alejandro del Bosco le pidió que se siente en el andén del ferrocarril frente a las vías. Mario apoyó los brazos y miró la cámara. De fondo, la vía se perdía en el horizonte. Sentado, inocente, Marito le estaba dando el título de la nota: “Kempes está en la vía”. En la nota, el enviado Alfredo Alegre, osciló entre el pasado y el presente gris. El columnista Natalio Gorín le dedicó unas líneas: “Ayudemos a Mario”.

—Esa nota de *El Gráfico* acá dolió mucho —dice Hernán Garelli.

“El paso de los años —escribió Matías Bauso en 78, *Historia Oral del Mundial*— hizo que el logro futbolístico se viera empañado por las circunstancias políticas del momento. La imagen de los campeones quedó ligada a la dictadura. Los jugadores que creían haber conseguido algo inolvidable fueron olvidados”.

En 2003, al cumplirse veinticinco años del título, *El Gráfico* realizó una nota en la que se evidencian las huellas del olvido y el dolor sobre los jugadores argentinos. Cinco años después, cuando se conmemoraron treinta del campeonato mundial, algunos integrantes del seleccionado campeón participaron de “la otra final”, un acto de desagravio organizado por organizaciones de derechos humanos.

En 2013, Daniel Pasarella —capitán del equipo y entonces presidente de River— homenajeó a sus compañeros ante un Monumental vacío. La noticia se difundió a la par de una nota de color: a René Houseman tuvieron que comprarle zapatillas.

“El Mundial de 1978 parece olvidado porque en mi país gobernaba una dictadura militar. Nosotros no jugamos para los milicos ni disparamos fusiles”, escribió Kempes en su biografía. “Antes de viajar a Buenos Aires para participar del Mundial de 1978, le dejé bien claro a la revista española *Posible* que yo no jugaba para los militares”. Acompaña la foto de la nota con el título: “Mis goles son para Argentina, no para Videla”.

“¿Es cierto que no le diste la mano al presidente Videla el día de la coronación del Mundial 78?”, le preguntó Claudio Martínez de *El Gráfico* en 2002. “Sí. Pero no por nada en especial, sino por el tumulto que había”, contestó.

Las víctimas de la dictadura que nacieron en Bell Ville son cinco: José Gómez, asesinado en septiembre de 1976 en la ciudad de Córdoba; Marta Luque; Aníbal Testa y María Rosa Depetris, detenidos–desaparecidos el 20 de octubre de 1978 en Buenos Aires; y Dyna Silvia Ferrari, secuestrada–desaparecida el 8 de enero de 1976 junto a su esposo Osvaldo Ramón Suárez en el barrio Alberdi de la ciudad de Córdoba.

A ellos se suman decenas de víctimas y sobrevivientes que sufrieron la represión.

Guillermo Ferrari, hermano de Silvia Dina Ferrari: El Mundial fue un acontecimiento en nuestras vidas, inolvidable. En mi casa, teníamos una vivencia muy ambigua. Por un lado, estaba el Mundial y por otro lado, sabíamos lo que estaba sucediendo realmente, lo habíamos vivido en carne propia con el caso de mi hermana. Siempre quedó la sensación de que faltaba una cuota más cristalina por todo lo que estaba viviendo el país. No ayudó el momento, distinto hubiera sido si ganábamos en una época democrática.

Elena Gómez, prima de José Gómez, vecina de la familia Kempes: Cuando Kempes vino a Bell Ville, nosotros ya vivíamos en el barrio y todos salimos a saludarlo. En lo personal, tardé quince años en contarles a mis hijos la tragedia familiar. “Ustedes son hijos del silencio”, les dije cuando ya eran adolescentes.

“Cobraré lo que hayan arreglado los muchachos que están allá”, le dijo a *EFE* en abril de 1978.

Un automóvil Fiat 133 cero kilómetro y veinticuatro mil dólares fueron los premios que recibieron los campeones de 1978.

—Ese Fiat 133, celestito, lo fui a buscar a Buenos Aires. Era cero kilómetro, modelo 78. Me cansé de usarlo. Era como una moto, le echabas diez litros de nafta y andabas un año —recuerda Hugo Kempes.

“Es feliz en su Bell Ville, porque allí están todos los afectos, los recuerdos y hasta el Fiat 147 [en realidad, como dice Hugo Kempes era un Fiat 133] que le obsesquiaron en 1978 por ser goleador del Mundial continúa estacionado en el patio de la casa paterna”, escribió Ramón Gómez en *Clarín Deportivo*.

El auto, entregado por la división automóviles de la empresa Fiat Concord a cada uno de los campeones, tenía pegado en el parabrisas el número utilizado por los jugadores en el Mundial. Había de colores celeste y blanco.

El celeste número diez de Kempes terminó en un Plan Canje de los últimos días del menemismo.

A la Copa del Mundo recién la tuvo en sus manos en 2006, cuando trabajando para la cadena estadounidense ESPN, participó en París de un evento previo a la final de la Champions League que Barcelona le ganaría al Arsenal inglés.

“Cuando la vi, me acerqué y puse fin a una historia de amor no correspondido que se había prolongado durante 28 años”, escribió en su biografía. Antes solo conoció una réplica de chocolate que una confitería le regaló en el regreso a Bell Ville en 1978.

En 2002, en una entrevista con la revista *El Gráfico*, dijo que Passarella no la largaba por nada del mundo. “Era imposible llegar a la copa, estaban todos desesperados”.

Cuesta escindir de nuestras retinas las imágenes que por años consolidó la televisión: el trofeo de la Copa del Mundo, todo Passarella; el grito de gol, Kempes.

“Le cabe la palabra héroe”, me dijo Emilio Daniel Mustafa.

“Volver a Bell Ville fue la alegría más grande de Kempes”, afirmó Juan Carlos Licari.

“No sé por qué el Mundial me quedó tan grabado. Fue tremendo”, me dijo Enrique Gandullo (h).

“Fue algo muy emocionante, muy grande”, recordó Hugo Kempes.

“Kempes era mi ídolo y años después vine a caer a Bell Ville, nunca tuve oportunidad de mostrarle estas fotos, pero me hubiese encantado”, me dijo Leonardo Casulli.

“El más grande de todos los tiempos como jugador y como persona”, comentó el usuario de Facebook Chuno Rodríguez en la fotografía publicada por Lucas Terenzani.

“Hace seis años que por cuestiones laborales estoy afuera de Bell Ville, pero cuando digo que soy bellvillense lo primero que me preguntan algunas personas es por Marito Kempes”, comentó el usuario de Facebook Carlos Maidana en la fotografía publicada por Lucas Terenzani.

“Adónde voy, sigo siendo el goleador del 78, el campeón del mundo”, dijo Kempes en una entrevista de 1999.

“No creo haber cambiado desde que empecé en los potreros de Bell Ville. Salí de una familia común, así soy y así traté de educar a mis hijos. La mente puede volar, pero los pies deben estar sobre la tierra. Yo soy feliz con mi casita cerca de un mar tibio, un asado de vez en cuando, una copa de vino, un whisky con amigos. No necesito más”, escribió en *Matador, mi autobiografía*.

A Juan Carlos Licari le envié por mail una de las fotos rescatadas del archivo de Charly Fotografías. Son imágenes del jueves 13 de julio, la despedida del goleador en el salón de Club River Plate. Kempes atiende a la prensa. A su lado, lo custodia Juan Carlos, encargado de coordinar esa noche a los medios de comunicación.

Contestó el mail de madrugada:

Apreciado Matías:

Muchas gracias por tu gentileza.

Fue un día muy especial que atesoro.

Con Marito y Ricardo Marroncle no tuvimos tiempo para cenar, por lo tanto le propusimos ir a comer al Parador, aquel desaparecido en la Ruta 9 y allí nos amanecimos los tres. ¡Nos enteramos de tantas cosas! De tanto preguntar me costó terminar la milanesa con puré. Recuerdo el hambre que tenía Marito que repitió el plato. Al vino lo mezcló con coca, budín de pan —que también repitió— y los consabidos cafés.

Cuando salimos, el techo y el parabrisas del Chevy tenían hielo por el heladón que estaba cayendo. En un momento dado Marito y Marroncle fueron al baño, allí Ricardo le mostró el Chevy y le dijo: “Decile a Juan que te lo preste. Estoy seguro que te dice que dice ¡No!”.

Entonces lo llevábamos a su casa y allí me dice: “Juan, le puedes prestar al goleador del Mundial el Chevy”. Mi respuesta fue: “¡Ni loco Marito! La mujer, el cepillo de diente y el auto no se prestan”.

En el año 2001 me llaman los amigos del básquet de Río Tercero y me dicen que están organizando una fiesta de los Reyes Magos, donde primero jugaban al fútbol y después había un partido de básquet entre Atenas y 9 de Julio. Les digo invítenlo a Kempes que está viviendo en Bell Ville. Lo llaman y acepta ir, pero con la condición de hacerlo “con el Chevy de Juan”. Yo acepté pero con la condición de que no fumara adentro del auto. En Río Tercero se la paso firmando autógrafos. Marcelo Milanés lo hizo jugar al básquet. Allí me saqué la foto con mis dos ídolos: Mario y Marcelo. El traspase en Río Tercero fue impresionante, yo me fui a dormir y a las cinco de la mañana me despertó y viajamos a Bell Ville. El Marito durmió todo el viaje.

Nunca se olvidó de aquel dicho, cuando le pusieron su nombre al estadio en Córdoba, en el almuerzo se me acerca y me lo repitió. Habían pasado 23 años y no se olvidó.

Sin dudas, vivencias inolvidables.

Por momentos vuelve y por otros se va. Una pseudopresencia y un signo de ausencia, eso es Kempes en esta ciudad.

Un trotamundos sin domicilio fijo pero con una patria chica.

Bell Ville, junio de 1978. Argentina campeón del mundo.
“La hora más gloriosa del fútbol argentino”, titula *El Gráfico*. Mario Kempes, héroe de la final contra Holanda, regresa a su ciudad.

Lo esperan miles de personas. Fueron horas, días, semanas, que sobrevivieron años en la memoria colectiva. A través de entrevistas, relatos orales, fotos, diarios y revistas de la época, Matías Ramazotti reconstruye aquellos días del 78 y el vínculo entre el ídolo y su ciudad. Escribe: “Kempes, la vuelta de Kempes, esos días de 1978, Kempes en Bell Ville, (sus vueltas), se convirtieron —a lo largo de dos años, con mayor o menor intensidad— en una obsesión, en un rompecabezas con piezas dispersas”.

“El regreso de Kempes a Bell Ville —sostiene Andrés Burgo en el Prólogo— es solo un estupendo disparador para hacer zoom en los compañeros de la vida, muchos de los que ya no están, y también para reconstruir una época en la que lo extraordinario nos sacaba una sonrisa mientras la tragedia diaria sacudía al país. En estas páginas se habla de lo macro y de lo micro: el país, la ciudad, la dictadura, la censura, los medios de comunicación, el fútbol a escala mundial y a escala local, desde la Copa del Mundo hasta la liga de los correntinos”.

